

## 4. DIOS Y EL REINO. EL REINO Y EL HOMBRE.

Aquí se encuentra lo más novedoso y original en el Mensaje de Jesús: Un nuevo concepto de Dios -Padre-Madre-Amor-, y un nuevo concepto del hombre, que, como persona, es mucho más que una máscara, pues tiene un valor, diría que ontológico y sagrado, y se sitúa con Él en la cúspide de los valores.

### 4. 1. Dios y el Reino

El cambio en el modo de pensar, que pide Jesús, se dirige en primer lugar al concepto tradicional de Dios. Es preciso purificar algunas ideas corrientes acerca de Él, y reforzar las mejores ya apuntadas en profetas como los Isaías, por ejemplo. Ideas que, en general, no habían profundizado en la mente y el corazón del pueblo de Israel.

Los antiguos esquemas sobre Dios todavía persistían con fuerza en tiempo de Jesús, como Él mismo pudo comprobar al escuchar a Juan Bta., Jesús valoró a Juan, y -como ya sugerí- probablemente habló con él a solas sobre Dios, el templo, el culto... Le interesaba su parecer. Pero no pudo compartir su concepto de Dios duro, que aplicaba la hoz y el hacha sin piedad..., ni su recurso al **miedo** para transformar conductas. (Recurso al miedo que, lamentablemente, tanto se utilizó después en la predicación cristiana...)

Jesús no podía estar de acuerdo con esa imagen de Dios, para Él deformada y generadora de temor y lejanía más que de confianza y proximidad. Si Jesús y Juan hablaron largamente entre sí y se expusieron su visión de Dios, como es muy probable, Jesús vio claro que su concepto e imagen de Dios eran muy distintos. Juan era tradicionalista, fundamentalmente viejo-testamentario y un tanto integrista. La mayoría de la gente de Israel pensaba como Juan.

Por eso Jesús llegó a la convicción de que lo primero que había que cambiar era ese modo de pensar acerca de Dios. Para entenderlo bien, era necesario mejorar su imagen y su nombre: De ahí que a Dios no lo presente como Yavé el Todopoderoso, que exige sumisión, que premia o castiga. Jesús habla de Dios como es: Abbá, Padre, Amor. Amor de madre. Quizá por eso las dudas posteriores de Juan... Y sin duda por eso las palabras de Jesús: La Ley y los profetas hasta Juan...

Realmente para entender al Maestro era preciso romper con esquemas tradicionalistas viejo-testamentarios. Era necesaria una mente nueva liberada de los modelos antropomórficos tradicionales.

En suma, para entender a Jesús era preciso verse libre de moldes mentales y afectivos heredados. Era preciso renacer. Y ese renacimiento tenía que venir de Dios -de lo Alto- para ser auténtico. No podía ser un simple acomodo humano. Había que “renacer de arriba” para entender a Dios y poder practicar y vivir el Reino. (Jn. 3, 3) Lo tradicional no valía ya. La presencia y la doctrina del Señor constituían un salto cualitativo respecto a la tradición y al mismo V. T.

Pues bien, hablando con más precisión y detalle: **¿Cómo es el Dios de Jesús?** ¿Qué imagen de Dios presentaba? Aparte de la Encarnación de Dios en un ser humano -no sabemos bien cómo-, que por sí misma obliga a cambiar radicalmente el concepto de Dios, la imagen de Dios que presentaba Jesús se encuentra espléndida e increíblemente reflejada en dos parábolas y en la oración que enseñó a sus discípulos:

-La parábola del hijo pródigo, que también debía titularse “parábola del Padre”. (Lc. 15, 11-32)

-La oveja perdida, que refleja entrañas de madre en Dios. (Mt. 18, 12-14; Lc. 15, 3-8)

-El Reino también se encuentra expresado y contenido admirablemente en el Padre Nuestro. (Mt. 6, 9-13)

Así, pues, el Dios de Jesús es Padre y Madre, no juez ni castigador, como predicaba Juan. El Dios de Jesús es más que un Dios Bueno y Misericordioso. Éste pertenece más al concepto patriarcal de Dios. El Dios de Jesús ama y siente debilidad por nosotros hasta el extremo. Por eso Juan Evangelista dijo sobrecogido: “Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo”. (Jn. 3, 16-17)

Se comprende que Jesús nos enseñara a llamar a Dios Padre y en la forma más cariñosa y confiada: ¡ABBÁ!, ¡Papá!, como Él hacía. ¡Abbá nuestro! Probablemente ésta, junto a la Encarnación y la Eucaristía -que son la personificación del Amor-, es la más genial innovación del Evangelio de Jesús.

Al leer las dos parábolas citadas, parece como si a Dios Padre le interesara más el pecador, el descarriado, que el justo. Como que se preocupa más por aquél -aunque respeta su libertad de volver o no- que por el hijo fiel. Más aún, va en busca de él, cuando se extravía. ¿Por qué Dios se comporta así? Porque sabe de qué materia tan frágil está hecho el hombre, porque comprende esa fragilidad, y lo ama como hijo hasta el extremo. El Dios de Jesús no se aleja del pecador; lo espera siempre con los brazos abiertos. El amor de Madre es así: mira y atiende más al hijo necesitado y frágil que al sano y robusto.

Y en Jesús ocurría lo mismo: En su vida terrena prefería la compañía de los pobres, de los enfermos y pecadores. Entraba en casa de éstos y comía con ellos, rompiendo pautas tradicionales, pese a que era criticado por esas conductas.

El Dios de Jesús y Jesús mismo es un amor maravilloso, increíble, que no sólo se comporta como Padre y Madre sino que nos reconoce como hijos, y Jesús como hermanos. (Mt. 23, 8; Jn. 20, 17)

Esta es la otra cara de la paternidad de Dios: nuestra situación de **hermanos**, con el amor como sello de esa fraternidad, y la esperanza en Él como futuro, como sentido último de nuestra existencia.

Por eso Jesús nos enseñó y quiso que nos dirigiéramos a Dios como Padre común, con confianza y cercanía, tuteándolo con un cariño humilde -Abbá, papá- que sobrecoge. Con razón el gran teólogo Jeremías piensa que este concepto de Dios como Padre es la idea central del mensaje de Jesús: “Abbá nuestro”.

Como ya insinué antes, hay pasajes en el A. T. que también conciben a Dios como Padre (a veces con entrañas de madre). Isaías lo expresó así, pero es un padre que puede irritarse. (Is. 64, 5 y 8 y 66, 6) Y en el libro de la Sabiduría se dice: “El justo... se gloria de tener a Dios por padre... Porque si el justo es hijo de Dios, Él lo acogerá y librá de las manos de sus enemigos”. (Sab. 2, 16-18) Pero este concepto de Yavé en el fondo se entiende como un Dios selectivo. Ama y protege a los justos, a sus fieles. Parábola del hijo fiel, no del pródigo, se diría en la concepción viejo-testamentaria.

El Dios de Jesús, en cambio, no hace distinciones, mira por todos, justos e impíos. “Sed como vuestro Padre, que hace salir el sol...” (Mt. 5, 44-48) El Dios de Jesús es más Padre y Madre que el que fueron capaces de entender en el V. T. Es Dios del amor, es todo Abbá, que tiene sus preferencias por los más desvalidos, por los hijos más débiles y necesitados.

Los esquemas viejotestamentarios, si se consideran **definitivos** respecto a la imagen de Dios, consagran una imagen inmadura de Dios, y además impiden entender a Jesús y el Reino que Él anunció, como de hecho les ocurrió a los judíos. Por eso insistía en que era preciso cambiar de manera de pensar (*metá-noia*), que implica un cambio profundo de vida y de compromiso personal... La conversión consistía en eso precisamente. Lo cual no resultaba fácil para mentes estructuradas en la Ley y en la tradición.

Las dificultades que tenían muchos de los que escuchaban a Jesús para entenderlo bien -incluidos los mismos discípulos-, parece que volvieron a repetirse después de su muerte entre muchos de sus seguidores, ya desde los primeros momentos. En Hechos se comprueba que había conversos -entre ellos fariseos, sacerdotes, discípulos de Juan, que se pasaron al cristianismo- con la mente esculpida por el Pentateuco. No olvidemos además el hecho de que algunos discípulos -apóstoles- de Jesús habían sido antes discípulos de Juan Bautista. (Jn. 1, 35 ss.)

Por eso cabe esta pregunta: ¿Algunas interpretaciones que hicieron de la vida y de la muerte de Jesús no están demasiado inspiradas en el Pentateuco, que presenta a un Dios duro, a veces irritado, como exigiendo reparación y sacrificio de sangre por las ofensas de los hombres; como si Dios tuviera su dignidad y su orgullo dañados? El poema del siervo de Yavé así fue también interpretado. (Is. 52, 13 y 53, 10)

¿El concepto sacrificial, como víctima expiatoria y reparatoria, de la muerte de Jesús, no responde a una visión inmadura del Dios viejotestamentario -visión demasiado antropomórfica-, ofendido e irritado, como si tuviera necesidad de ser aplacado? ¿Esta interpretación refleja de verdad un concepto auténtico de Dios? ¿No daña más bien su imagen y su nombre? ¿Por qué en la oración que nos enseñó Jesús, inmediatamente después de llamarlo Padre, se pide que **santifiquemos su nombre**, es decir, que no lo deformemos, que no creemos una mala imagen de Él, como si fuera vengativo, rencoroso, inmaduro, necesitado de reparaciones, necesitado de sangre, como si fuera un “Dios vampiro”...? (Ver en la bibliografía J. M<sup>a</sup> Castillo: *La humanización de Dios.*)

Los primeros creyentes cristianos, de origen judío, no tenían mejor referencia oral y escrita que el viejo Testamento para interpretar la muerte -tan degradante en aquella cultura-, de Jesús, Hijo de Dios, e **interpretaron un hecho nuevo de amor -que renovaba el concepto de Dios-, y de entrega al hombre -al que transmitía nueva luz con un concepto y sentido más profundo de su vida-, apoyados en frases y modelos de reparación muy inmaduros -odres viejos-, con criterios viejotestamentarios muy antropomórficos. No fueron capaces de entender más en aquel momento. No lo permitía su desarrollo cognitivo, todavía muy inmaduro.**

Con la mejor intención, sin duda, ¿no ocurrió aquí algo parecido, en cuanto a ofensa a Dios y necesidad de castigo y reparación, a lo que se narra en la escena del paraíso con Adán y Eva? (Gen 3, 1-19)

Por querer explicar el mal, sin culpar a Dios, se castiga al hombre por el mal hecho con el sufrimiento y la muerte, de un modo exagerado, **dañando con ello la imagen de Dios**, de Dios Amor Padre y Madre.

¿Algo similar ocurrió con la interpretación de la muerte de Jesús? Insisto de nuevo: Decir que Dios necesita víctimas expiatorias que lo aplaquen, ¿no es deformar a Dios? ¿No es esto no entender al Dios de Jesús y a Jesús mismo, que contrapuso su Reino al V. Testamento, y Dios Padre Amor al concepto de Dios discriminador y castigador, que representaba en su tiempo el mismo Juan Bta. y sus discípulos, muchos de los cuales se hicieron después cristianos? Concepto que obviamente también respondía a la idea y la mente de la mayoría de los judíos del tiempo de Jesús.

**Concepto que, de alguna manera, perduró a través de los siglos, siendo difundido hasta la exageración incluso por algunos obispos y santos muy cultos, como fue el caso de S. Anselmo, que aplicó ¡un esquema juricista y metafísico! a la**

redención y por tanto a la muerte de Jesús. A ofensa infinita, reparación infinita..., decía. (20)

Por eso pregunto: ¿el concepto de Dios Padre y Madre, que Jesús expone en sus parábolas, se aviene con el concepto de muerte expiatoria para aplacar a ese Dios Padre y Madre? ¿Esa muerte expiatoria no será una interpretación de la muerte de Jesús en clave del A. T. por parte de algunos autores, que no se habían liberado suficientemente de la visión antropomórfica viejotestamentaria? (Hoy sabemos que ocurrió algo similar en las cartas pastorales, cuando atribuyen a Pablo ideas de la tradición que él probablemente no hubiese dicho nunca.)

Visión que perduró en el tiempo y se puso de manifiesto, por ejemplo, en san Agustín y su teoría del **pecado original**, sin reparar suficientemente en sus consecuencias...

Las objeciones que el culto y piadoso obispo Julián de Eclana planteaba al también obispo, Agustín de Hipona, diciéndole que sus explicaciones sobre el pecado original dañaban la imagen de Dios, valen para la interpretación expiatoria de la muerte de Jesús. Ambas interpretaciones dañan y rebajan el concepto de Dios y por tanto su imagen. No santifican su nombre, sino que lo degradan.

Comparto la opinión de los teólogos que creen que la muerte de Jesús debe interpretarse como sacrificio -testimonio- de amor -no de expiación y aplacamiento-, que entrega su vida como muestra suprema, no sólo de perdón de nuestros pecados, sino quizá sobre todo como testimonio de luz y de la verdad que vino a anunciarnos; verdad que da sentido pleno a la enigmática existencia humana en la tierra, verdad que confirma que nos espera un futuro trascendente con un Dios Padre, que nos ama. Y este testimonio, que **rompía moldes de la tradición, le costó la vida**.

Por otra parte, la muerte de Jesús es además un acto de solidaridad con el sufrimiento humano, inevitable en nuestras condiciones, y a la vez también un acto de denuncia y de identificación con los crucificados de la tierra.

Dios no se siente **ofendido** por nuestros pecados; no es tan inmaduro como para sentirse ofendido por criaturas tan débiles y caducas, tan poco conscientes, como pese a todo somos. Lo que Dios siente -si podemos hablar así- es el daño que nos hacemos a nosotros mismos y al prójimo al obrar mal. Nosotros no tenemos tanta categoría como para ofender a Dios, ni Dios -repito- es tan inmaduro como para sentirse ofendido. Por eso no necesita sacrificios ni reparaciones... Lo deformamos cuando lo concebimos como necesitado de sacrificios expiatorios. Lo deformamos -no lo ofendemos- cuando lo concebimos así, tan antropomorfizado, tan frágil, tan vulnerable... Cuando nos imaginamos a Dios, nos proyectamos nosotros con nuestra inmadurez... La imagen del Dios viejotestamentario es, *en parte*, una proyección de nosotros mismos, de nuestra inmadurez.

En esto, visto así, y desde el V. T. -no desde Jesús-, se puede coincidir en algunos aspectos con Feuerbach, cuando afirma, sin profundizar ni matizar suficientemente, que Dios es una mera proyección del hombre.

Por eso, es preciso repensar y reparar las interpretaciones deformadoras de Dios -de cualquier tipo que sean-, aunque, condicionados como estamos por nuestros esquemas antropomórficos **inevitables**, no nos resulte fácil. “Es infame pensar un Dios que, para aplacar su ira, exige la muerte de su Hijo”, escribió Ratzinger. Ratzinger, el futuro papa Benedicto XVI. (21)

¿No es más correcto, pues, decir que **Jesús murió por ser fiel a la misión que le encomendó el Padre?** Misión de anunciar la verdad del Reino: Misión de anuncio más fiel que el mismo V. T., y que tanta falta nos hacía -y aún nos hace-, para poder entender el misterio de nuestra existencia, de nuestra caducidad material y de nuestras ansias de permanencia. Misión que implicaba un concepto de Dios más auténtico y más creíble, y una reivindicación y defensa de la dignidad del hombre, tan maltratado, aunque eso -romper esquemas religiosos tradicionales y viejotestamentarios, que Él superaba-, le costase la vida.

Una religión más purificada y espiritual, más auténtica, más humana, más comprometida con el bienestar del hombre, chocaba con los esquemas tradicionales y con intereses humanos amparados a la sombra de Dios y del templo; esquemas que utilizaban y dominaban al ser humano como objeto de poder, como medio, no como fin.

Por ser fiel a esa misión de anunciar un Dios más auténtico, como Padre y Madre, humilde y amoroso, que nos ama y espera, que da sentido a nuestra vida y es la razón de nuestra existencia; y por valorar y defender al hombre que, como semejanza e hijo de Dios, no puede ser maltratado, Jesús se la jugó consciente de ello, consciente del riesgo que corría, porque su Reino de amor y de fraternidad real **removía estructuras tradicionales**, amparadas por el egoísmo del poder; poder que, mal concebido, constituye un pésimo sustituto de Dios. Más aún, Jesús revisaba la letra, y a veces el mismo concepto de algunos pasajes viejo-testamentarios, que presentaban una imagen muy inmadura de Dios. Y esto, en una sociedad tradicional con una Ley intocable, fixista, sacralizada en exceso, entrañaba mucho peligro.

Así pues, Jesús aceptó y asumió el anuncio del Reino con todas las consecuencias, sabiendo lo que le esperaba. Este fue su **testimonio de la verdad**, de la verdad auténtica y más profunda que da **sentido** a la vida, y a **su venida** a este mundo, como dijo al mismo Pilatos. (Jn. 18, 37)

Es decir, testimonio de que Dios no sólo existe y es el autor de nuestra existencia, como se enseña en el V. T. -existencia que, por otra parte, hoy se nos manifiesta como resultado de un desarrollo evolutivo, oscuro, pues racionalmente, sólo racionalmente, no sabemos bien de dónde venimos ni a dónde vamos-, sino de que además es nuestro **Padre**, con entrañas de Madre, sin discriminaciones.

Con esta verdad vino Él a iluminarnos, a ser luz en esa noche-oscuridad, en que está envuelta nuestra existencia, y a anunciarnos -por cierto, **al margen de la jerarquía religiosa viejotestamentaria**-, que tenemos un gran sentido, y que nos espera un futuro feliz con este Padre que nos ama como una Madre, sin límites, sin exclusiones; aunque mientras vivimos aquí, encarnados y sometidos a la materia y sus flaquezas, nos resulte difícil verlo con claridad.

Por eso, mientras vivimos en esta tierra, en medio de oscuridades y sin ver claro, aunque sí pueda intuirse ese futuro -que se encuentra en otra dimensión que nos rebasa-, nos pide **fe humilde y confianza** en su palabra, que no fallará. En nuestra situación encarnada, limitada, incapaz de entender esa dimensión que inevitablemente nos trasciende, nos insiste en la fe y en la confianza en su Palabra. Aunque le duele nuestra poca fe, Jesús lo entiende, como entiende nuestras flaquezas. Y al mismo tiempo que en la fe, también nos insiste en que nos tratemos como hermanos, no como depredadores o vampiros.

Por tanto, la misión y la muerte de Jesús es una misión de amor y de fidelidad para darnos a conocer a Dios Padre, así como también el camino de salvación, el camino que da sentido profundo a nuestra existencia, el camino de vida auténtica, no superficial y vacía que no lleva a ninguna parte. Por amor hasta el derramamiento de sangre, y con su muerte como testimonio, se sacrificó por nosotros, a fin de salvarnos de la inconsciencia y de la opresión de nuestras limitaciones y de nuestros pecados contra el hombre; a fin de darnos a entender cómo es el amor de Dios ante nuestra fragilidad y nuestra pequeñez... A fin de testimoniar su amor y explicarnos por qué estamos aquí y cuál es el Proyecto creador y amoroso de Dios Padre.

A partir de un concepto de Dios Padre Amor, y de una creación -por amor- de la energía y materia en evolución, en la que estamos encarnados y en la que vivimos en medio de la oscuridad que conlleva esta dimensión tan limitada, la venida – encarnación de Jesús era necesaria como luz para esclarecernos un poco el sentido de nuestra existencia... Conscientes de que esa luz -por hallarnos en una dimensión muy limitada, reitero- no es suficiente y por ello requiere fe y confianza en el Padre, que por su esencia nos trasciende infinitamente; así como también fe y confianza en la persona y la palabra del enviado del Padre, Jesús de Nazaret. Por eso dijo: Escuchadlo. (Mt. 17, 5)

Su misión, como enviado del Padre -insisto-, le llevó a testimoniarla con su vida hasta la muerte en cruz. Todo por transmitirnos una imagen de Dios más auténtica, que diera sentido profundo a nuestra existencia, así como por querer romper esquemas religiosos y civiles de la tradición, que **deformaban a Dios y sacrificaban al hombre**, su hijo. Y este gesto fue y es sólo puro amor. Amor que fue y es salvación y redención de la inconsciencia y del pecado. Salvación y redención que se ratifican con su Resurrección, con la manifestación de que **vive**, aunque por hallarse en otra dimensión requiera fe y confianza en Él. Su muerte ha sido sólo la muerte del cuerpo. (Quizá muchos lo entiendan mejor si decimos que Jesús, tras su muerte corporal, se apareció

como viviente, transformado en **cuerpo espiritual**, como nos sugiere Pablo. Las apariciones del Señor fueron la demostración de que sigue vivo, de que la muerte corporal no es el fin que nos espera. El espíritu no muere. Éste es uno de los mensajes fundamentales que nos del Reino que nos anunció el Señor.)

Retornando a unos párrafos más atrás, insisto: Dios no está ofendido por nuestros pecados -¡pobrecillos, como si tuviéramos tanta categoría como para ofenderlo!-. Dios lamenta nuestras ofensas, porque con ellas **nos dañamos a nosotros mismos y a los demás**. Y, descarriados, nos alejamos de Él... Lo mismo que hizo el hijo pródigo.

Así pues, la voluntad de Dios Padre en su Hijo Jesús no es propiamente el sufrimiento ni expiación alguna que lo aplaque, sino dar un testimonio de amor que ilumina, que da sentido a la vida y a la frágil existencia humana, en definitiva, que salva. Y esto lo hizo con todas las consecuencias, con lo más creíble: el testimonio del sacrificio personal. Pero recordándonos, al mismo tiempo, que Dios no quiere sacrificios, sino misericordia y amor, como dijo por los profetas y reafirmó Él mismo. (Mt. 9, 13 y 12, 7) Dios aborrece holocaustos y sacrificios. El sacrificio grato a Dios es un corazón contrito y humilde. (Sal. 51. 19)

La *kénosis*, más que amor de Dios humillado y rebajado hasta el extremo de la cruz, es amor humilde que desciende, que se solidariza y se identifica con el hombre frágil y pecador. El efecto de ese amor es la *kénosis*: el rebajamiento, la participación-identificación con lo más débil. Lo cual revela la grandeza increíble de ese amor de Padre. El amor cuando se abaja, se engrandece más, se confirma totalmente.

Y aplicado este concepto a nosotros, en nuestra oscura situación encarnada, diría que la *kénosis* también es el descenso a las profundidades de nuestra condición humana, frágil y caduca, inconsistente y de pocos alcances..., y desde allí -“*de profundis...*”- reconocer y aceptar de corazón, humildes, esa nuestra realidad humana, conscientes de que necesitamos un esfuerzo -necesario- de fe, de confianza y de humildad -sobre todo en los momentos difíciles de **soledad** aparente-, que nos lleve al desprendimiento y a la purificación-liberación del lastre de la materia y a la elevación del espíritu; en suma, al renacimiento que da acceso directo a Dios Padre, es decir, que nos lleva al Amor sin límites.

En este sentido nuestra *kénosis*, ampliamente concebida, tiene un componente de ascesis que lleva al renacimiento y a la transformación personal. (¿Algo así como el esfuerzo de la crisálida por convertirse en mariposa?)

En este contexto, una pregunta más: ¿La soledad de Jesús en la cruz -Padre, por qué me has abandonado- (pura *kénosis* sin duda), fue un **testimonio de que compartía** también nuestras soledades en los momentos más amargos? ¿Fue un ejemplo para decirnos que confiáramos también en los momentos de desesperación? ¿Fue un testimonio contundente de la **humanización** de Dios en Jesús? Creo que fue todo eso, sin duda.



La soledad puede ser la prueba por la que pasan muchos testigos del Reino. Pero en principio el sacrificio que nos pide el Señor es cargar con nuestra cruz de cada día -cruz inevitable en nuestras condiciones de seres encarnados, muy limitados, fallones y caducos-, y a algunos otros también el sacrificio personal, si es preciso, a causa de la lucha por la liberación de esclavitudes, a causa de la denuncia para la liberación – redención de nuestros hermanos oprimidos. Pero ese sacrificio es sacrificio de amor, de salvación de la oscuridad y de la opresión, no de expiación y reparación.

Así, pues, la vida de Jesús fue una dedicación al amor, como anuncio y testimonio del Reino a favor del hombre. Jesús murió por rescatarnos de las tinieblas, de la oscuridad que conlleva el proceso evolutivo del Universo -que nos hace preguntar de dónde venimos y adónde vamos-, así como también de nuestras desviaciones morales, con un anuncio que es luz y da sentido positivo a la existencia.

Jesús fue víctima de amor por sus hermanos, por anunciarnos una doctrina nueva que cuestionaba algunos aspectos o valores importantes de la tradición; por anunciar un concepto nuevo de Dios -en parte contrario al concepto de esa tradición conservadora-, y decirnos que no estamos solos en la vida, que tenemos un Dios Padre que nos ama y espera, pese a todas las apariencias de soledad, pese a todos nuestros desvaríos...

La alianza nueva de Jesús es alianza de amor -sellada con el testimonio de su vida y muerte-, y anuncio reiterado de una vida más allá de ésta. Con ello quiso decirnos que el ser humano tiene un sentido grandioso e inefable, y que perdonemos, amemos y confiemos mientras vamos de camino. Esta es la Buena Nueva de salvación que es el mismo Señor y que Él nos trajo, y de la que dio testimonio hasta el extremo con su propia vida.

En esto consiste esencialmente el anuncio de su Reino. Esto significa y es la muerte de Jesús: testimonio de salvación y redención del hombre que -sometido a la incertidumbre de la oscuridad, a la servidumbre y opresión del pecado, al mal inevitable en nuestras circunstancias, y a la limitación de horizontes, que deforman o degradan la imagen de Dios-, proclama que somos obra de un Amor que nos espera, pese a todas las apariencias de soledad, por hallarnos en una dimensión tan limitada.

El amor, pues, es el que perdona, lava y repara, no la sangre. La sangre sólo en cuanto símbolo de ese amor. Dios, Amor humilde, es incompatible -insisto- con la necesidad de expiación, con sangre y víctimas de expiación al estilo del V. T. y su entorno cultural. Jesús no repara con sangre, repara con amor; amor que puede exigir -por la ceguera e intransigencia del hombre poderoso- el sacrificio personal, y que si es preciso llega al extremo de entregar su vida en testimonio de la veracidad del Mensaje que nos trae, y del amor de Dios por el hombre.

La fórmula -las palabras del Señor en la Cena-, al instituir la Eucaristía, expresan mejor el sentido de su muerte: Entrega y testimonio de amor por los hombres; muerte que ofrece también para el perdón de los muchos pecados cometidos. ¿A qué pecados

se refería especialmente? Sin duda, a los que causan dolor al hermano y a los que se oponen al Reino, y así crear una nueva alianza de amor, de salvación definitiva. (Ver Mt. 26, 26-28; Mc. 14, 22-24; Lc. 22, 19-20; 1Cor. 11, 23-25)

Permitan que insista: El amor es el que salva de la muerte para siempre. Pertenece a la esencia del Mensaje del Reino entender bien el sentido de la muerte de Jesús. Cosa que no siempre se entendió adecuadamente. Como vimos, el teólogo y jurista, S. Anselmo, y muchos otros seguidores, ciertamente no. Con la expiación propiciatoria se daña terriblemente la imagen de Dios Padre Madre Amor, que es la esencia del Mensaje de Jesús. Pese a lo cual todavía hoy perdura esa interpretación viejotestamentaria. Ahí está, como ejemplo, la Eucaristía -la misa- concebida como sacrificio expiatorio, con claro sesgo viejotestamentario.

Como ya vimos, esto se explica por la formación religiosa del A. T., tan sacralizado, que llevó a los nuevos creyentes judíos a interpretar la muerte de Jesús en la línea expiatoria antropomórfica del Pentateuco, y también a interpretar palabras de Jesús con esa mentalidad viejotestamentaria, olvidando palabras del Señor que contraponían claramente el V. T. con el Reino, que supera la visión viejotestamentaria de Dios. La Ley y los profetas **hasta Juan**; a partir de ahora se anuncia el Reino, es decir, otro concepto de Dios... y del hombre y de la religión. (Mt. 11, 12-13; Lc. 16, 16)

Tratar de compaginar Reino y A. T., sin los matices necesarios, dentro de una **visión fixista y no dinámica de la revelación**, puede suponer un intento contradictorio de acomodación de lo viejo, superado, y lo nuevo -la novedad- del Reino que trajo el Señor. Lo que equivale a un intento de servir vino nuevo en odres viejos -o unir paños viejos con nuevos-, mediante fórmulas antropomórficas que desfiguran a Dios y lo hacen menos creíble.

Por eso -recuerdo una vez más-, el viejotestamentario Juan Bta. no entendía bien a Jesús y en algún momento llegó a dudar... (Lo que no es extraño: los mismos discípulos del Señor a veces tampoco le entendían bien -incluso después de la Resurrección-, a causa de sus condicionamientos viejotestamentarios, como se confirma de nuevo en Hechos.) Por ello no debería sorprendernos que muchos primeros conversos judíos, incluidos sacerdotes, probablemente simpatizantes de Juan -no olvidemos el origen bautista de algunos discípulos de Jesús-, formados con una mente viejotestamentaria, tampoco entendieran del todo bien al Señor. En el fondo, su esquema mental y religioso seguía siendo la Torá, el V. T. Y a través de él interpretaban al mismo Señor.

Quizá esto explique el estatus tan relevante de Juan Bta. en los primeros siglos del cristianismo; estatus que de alguna manera sirvió para difundir su concepto de Dios y su espiritualidad penitente, que recuerda el movimiento monástico eremita de Qumram, con el que posiblemente tuvo alguna relación, según eruditos. Espiritualidad que, por otra parte, encajaba muy bien con algunas tendencias de la época -pitagóricos, gnósticos, estoicos, maniqueos...-, que influyeron, desde muy pronto, en mentes

cristianas muy preclaras... (Orígenes y S. Agustín, por ejemplo.) El cuerpo es fuente de pecado; hay que someterlo..., decían, insistiendo en la maldad de la materia... y en la necesidad de refrenarla. (Agustín centraría la maldad del cuerpo de modo especial en el sexo, y así sexualizaría el pecado hasta la exageración, concepto que se transmitió a la espiritualidad y a la misma teología de la Edad Media...) Así se deformó, en parte, la espiritualidad festiva, más sana y más íntima que había anunciado el Señor.

¿Por eso acaso al mismo Pablo, que comprendió que **Jesús significaba una ruptura con la Torá, con la visión de Dios del V. T.**, habrá que interpretarlo consecuentemente en lo que se refiere al concepto expiatorio viejotestamentario de la muerte de Jesús? Pablo recibió de conversos judíos, que vivían en Damasco y Antioquía, esa interpretación viejotestamentaria, interpretación que era más fácil de aceptar por una mentalidad contraria al “escándalo de la cruz”, como era la mentalidad del contexto cultural, tanto el judío como el helenista y el romano... Lo mismo cabe decir del autor de Hebreos, de origen judío, y de su interpretación, siguiendo la Ley, de que el perdón necesita sangre. (Heb. 9, 22)

Insisto: Respecto a la muerte de Jesús, ¿no habrá que entender a Pablo y Hebreos más allá de la visión literal antropomórfica viejotestamentaria, y por tanto interpretarla como testimonio de amor liberador y salvífico, y no como expiación aplacadora y reparadora de la ira de Dios, según la Ley? Ley que Jesús -y después Pablo, pese a todo- habían superado.

El caso es que este sesgo literal y antropomórfico viejotestamentario **continúa aún hoy**, también en la liturgia. La primera lectura de los oficios del Jueves Santo, presenta una imagen horrible, truculenta, vengativa, de Dios, muy distinta de la que nos enseñó Jesús; pese a lo cual aún se mantiene y se lee... ¿Acaso no es esto un intento contradictorio de compaginar lo viejo **superado** -recuérdense una vez más las palabras de Jesús: La Ley y los profetas **hasta Juan**...- con lo nuevo que representa el Reino de Dios?

(Entre paréntesis: ayer mismo en la homilía del sacerdote, -¡joven él!- se recordó que el próximo día 25 de julio, fiesta de Santiago, patrono de España, era día de precepto en Madrid, y por tanto “obligatorio oír misa para no cometer un pecado mortal...” Es decir, para no perder la gracia -la amistad- de Dios... ¿Cómo es posible que aún hoy se transmita un concepto e imagen de Dios así, tan rigorista, tan legalista, tan... pobre? ¿Cómo es posible que se amenace con pecado mortal de un modo tan ligero? ¿No es esto una deformación teológica y moral, y un claro abuso de autoridad de signo viejotestamentario? Piénsese.

¿El espíritu conservador tradicionalista -en el fondo juricista- es capaz de entender bien el espíritu del Mensaje de Jesús y su Reino? Piénsese de nuevo.

Como también debería reflexionarse algo que sorprende a muchos sacerdotes: El hecho de que cada vez acudan más fieles a la comunión y que cada vez se confiesen

menos, ¿no sugiere nada nuevo? ¿Obedece a pérdida de espíritu, del sentido del pecado, o más bien a una liberación de sentimientos insanos de culpa, transmitidos durante siglos; así como también del concepto-modelo **juridicista** histórico, medieval, de la confesión; modelo que los fieles de hoy sienten y discernen como abusivo, poco acorde con el espíritu evangélico? ¿No estará el Espíritu manifestándose también aquí? La sociedad moderna tiene más sentido y conciencia del pecado -corrupción institucional, injusticia, abusos, explotación, estructuras opresoras...- que nunca. Así como también tiene mayor conciencia de una auténtica **jerarquía** de valores.)

Volviendo al tema de las lecturas de los oficios del Jueves Santo, cabe decir que dentro de la interpretación tradicional viejotestamentaria, esas lecturas parecen coherentes, pero... ¿dejan bien a Dios? ¿No hay otras interpretaciones -textos- más acordes al Dios de Jesús? En la Iglesia del Señor caben varias teologías o interpretaciones teológicas, pero que no deformen la imagen sagrada de Dios, que santifiquen su nombre.

Merece la pena recordar la reflexión del asesor conciliar, B. Häring cuando ante los documentos borradores del “Sto. Oficio” ofrecidos al Vaticano II, comenta: “Aún recuerdo el abatimiento que me produjo la lectura del “esquema dogmático sobre el pecado original”, en el que Adán ocupaba el centro, mientras Cristo quedaba en la sombra”. O el “esquema sobre la pena de daño de los niños no bautizados”, que presagiaba el rechazo de la eterna bienaventuranza a los mismos, ¡excepto a los niños hebreos circuncidados! Me permití preguntar a la Asamblea: ¿“Y qué sucede con los no circuncidados”? Respuesta: ¡La pregunta es indecente! (22)

Muchas veces así “se resuelven” las cosas, en vez de reconocer, humildes, nuestras contradicciones, y revisarlas. Con un puñetazo de autoridad abusiva o una descalificación sin caridad se impone el silencio. Así también actuaban las autoridades religiosas en tiempo de Jesús.

Esto revela el espíritu viejotestamentario de ese departamento de la Curia ¡en los años 60 del siglo XXI!; espíritu que siguió dominando en demasiados estratos, y que, unos años después, -con el Vº Bº de Juan Pablo II, no se olvide- se encargó de marginar el espíritu nuevo del concilio Vaticano II. Para una mente conservadora lo nuevo perturba, y por ello crea resistencias, a veces difíciles de entender... En muchos dicasterios de la Iglesia perdura el espíritu viejo de la tradición, pese al Espíritu innovador de Jesús de Nazaret.

Qué oportunas son aquí aquellas palabras de Juan XXIII: “Sabed que la Iglesia no es un museo de antigüedades”, o aquéllas otras, también del papa Roncalli: “No hemos cambiado el Evangelio, sino que **lo entendemos mejor**”. (23)

Y también las palabras recientes del papa Francisco a los miembros del sínodo sobre la familia: “Hablad sin miedo y con creatividad”. Que es lo mismo que decir: innovad, no tengáis miedo al cambio en el modo de pensar...

Frente a esa interpretación tradicional, tan antropomórfica, tan bruta, cabe reiterar que la muerte de Jesús es la consecuencia de su fidelidad a la misión del anuncio del Reino acerca del amor de Dios Padre-Madre-Hijo a los hombres, empezando por los sufrientes y descarriados; anuncio que chocaba con la tradición más rancia, que no se lo perdonó.

Dios, Padre y Madre, nos anuncia en su Hijo, como una luz -Yo soy la Luz-, que nuestra vida, tan enigmática, surgida en esta nuestra tierra a través de muy complejos procesos energéticos con tendencia dinámica -que para un creyente actualizado responde a un diseño evolutivo inteligente y amoroso-, tiene además un sentido trascendente, pues nos ama y nos espera en un más allá. Y en esa promesa de esperanza se encuentra la salvación de la muerte -desaparición- eterna, que como criaturas caducas -no sólo pecadoras- nos correspondería.

Es decir, nos anuncia un sentido de la existencia y de salvación perdurables, que es un regalo inefable de amor; regalo que va inserto en nuestra misma naturaleza, hecha, en el fondo -no en la superficie que es la materia-, a imagen y semejanza de Dios, como se nos dice ya en el mismo Gen. 1, 26-27.

La Creación, la Encarnación, el anuncio del Reino como Buena Nueva, la Eucaristía, la Muerte, la Resurrección, la promesa de Esperanza futura, el templo en que nos ha convertido, la Fraternidad universal... son obra y testimonio de un Amor creativo inefable, capaz de llegar a **testificarlo hasta con la vida propia**, si es necesario, como así ocurrió.

Lo dije antes: **El pecado, más que ofensa contra Dios, es daño contra nosotros mismos**, que sólo se repara, se cura, con arrepentimiento y amor humilde. Nuestros pecados son en el fondo pecados de ignorancia contra el amor, contra el sentido auténtico de nuestra existencia; existencia que en muchas ocasiones **no sabemos interpretar** adecuadamente. Cuando pecamos no sabemos bien lo que hacemos, como dijo el Maestro. En esta perspectiva, ¿qué sentido tiene una muerte-sacrificio **expiatorio**...?

Resumo: el Amor no necesita víctimas ni reparación con sangre. Sólo quiere cambio y amor humilde como respuesta compensadora al desamor, a la infidelidad. Ésta es la cura de salud y de salvación, la psicoterapia espiritual que necesitamos. Y que Jesús aplicó con Pedro.

La visión anselmiana de expiación es, en el fondo, una herejía medio tolerada.

Y en este caso cabe una pregunta oportuna: ¿Por qué esa comprensión y tolerancia con lo viejotestamentario, que Jesús mismo dijo que el Reino superaba, y tanta intransigencia con ideas nuevas, más próximas al Mensaje del Señor? ¿No debería esto

hacernos pensar y evaluar sinceramente nuestros esquemas mentales, nuestras ideas, nuestras actitudes, nuestras decisiones y nuestro fondo “cristiano”, quizá demasiado viejotestamentario, y por ello más bien “**pre-cristiano**”? (24)

Jesús en el anuncio del Reino, en el cumplimiento de su misión, tomó conciencia clara de que arriesgaba mucho en aquella sociedad religiosa conservadora y superficial, demasiado amiga de apariencias, de fórmulas externas, demasiado hipócrita. Previó una muerte violenta, que no quería, pero que aceptó por fidelidad y testimonio del Reino, que es -reitero- autenticidad y anuncio de que no estamos solos, de que Dios es nuestro Padre y de que nos espera como hijos a los que ama. Y ante esto no podía retraerse.

Sólo pidió al Padre que, si era necesario morir como testimonio de la verdad de Dios y de su amor, le diera fuerzas para beber ese cáliz tan terrible. Jesús aceptó ser víctima de la estructura opresora que dominaba, por fidelidad al Padre y a la verdad liberadora del Reino; por lo que significaba: amor y anuncio de salvación eterna. La vida no acaba aquí, Dios Padre os espera. Tened confianza, creedme, vino a decirnos.

Así, pues -y ya no insisto más-, Jesús también ofreció su vida por nosotros “para el perdón de los pecados” (Mt. 26, 28). ¿Pero estas palabras significan sacrificio de expiación y holocausto de aplacamiento de la **ira divina, según la mentalidad viejotestamentaria**? ¿Ese ofrecimiento de su vida por nosotros no es más bien una entrega de amor absoluto por nuestra salvación, por anunciarnos el verdadero sentido de nuestra existencia; y al mismo tiempo una denuncia del sistema religioso -y social-opresores, una enseñanza de la verdad que libera?

Jesús no dice que Dios perdona nuestras ofensas, si las expiamos con dolor, como si fuera un sacrificio u holocausto -cosa que rechazó expresamente-, sino si perdonamos a nuestros hermanos -con los que Él **se identifica**-, como nos enseña y promete en el Padre Nuestro.

No se puede entender bien la cruz, la muerte en cruz de Jesús, sino dentro del concepto del Dios Padre-Madre-Amor -como demostró en la Encarnación y nos anunció en sus parábolas, y ratificó en la Eucaristía-, y de la realidad evolutiva y enigmática de la creación, que reclama un sentido -luz- que la explique. Desde este marco, sí se puede entender el sacrificio personal como testimonio de amor, de luz y de liberación-salvación, así como también de solidaridad -**denuncia**- con todos los crucificados -sus hijos- de la tierra.

En esta perspectiva, incluso **tal vez podemos entender y explicar algo mejor el mal** en el mundo... Dios Amor se inclinó en la creación -a pesar de todos los pesares- por lo más humilde, a partir de la energía que se va transformando en materia y luego en vida temporal caduca, sometida a la fragilidad de esa materia; materia con un fondo espiritual inteligente y con capacidad de amor -a su imagen y semejanza-, y por ello también con tendencia a permanecer, a ser más; tendencia que en esta oscura

dimensión, y por no saber interpretarla adecuadamente, nos lleva en muchas ocasiones a centrarnos en el egoísmo y/o a endiosarnos ciegamente, convirtiendo ese afán íntimo de ser más en ambición, en codicia, en abuso, en maltrato y explotación... (pura encarnación del mal.)

Mientras el hombre viva en esta dimensión tan oscura y con horizontes tan cortos, actuará con torpeza, será defectible, porque no sabe interpretar su situación ni reconocer derechos ajenos, que moderen su egoísmo. Mientras el hombre, tan frágil, esté sometido a la materia, y viva en una dimensión sensible tan oscura, con horizontes tan cortos, fallará, hará el mal, porque no sabe discernir ni verse a sí mismo con lucidez.

Pues bien, éste es el resultado del Amor que a la hora de darse y compartir ese amor se inclina por lo más débil, aunque en esas circunstancias tan limitadas corra el riesgo de fallos excesivos -el mal-. Digo a pesar de todos los pesares, porque el Amor es capaz de reciclar ese mal. Así es como creo que se puede entender y explicar un poco el mal, tan ciego y repugnante, que comprobamos, que experimentamos y sufrimos cada día.

Desde esta visión y mediante ese reciclaje del mal, se entiende el amor de Dios Padre creador, y la venida de Jesús como testimonio de amor, de luz, de camino, de verdad y de vida, en el que resplandece una grandiosa e inefable creatividad.

Por otra parte, con ese amor -reitero- Jesús se une a las víctimas del sistema, a fin de anunciarnos que no todo se acaba en la cruz, ni en el triunfo aparente de los opresores o de los contra-innovadores. Vino a decirnos que tras la cruz -inevitable en nuestra frágil circunstancia, que quiso compartir con nosotros-, está el amor de Dios Padre que nos espera. La cruz no es el fracaso -el triunfo definitivo del mal-, y la desaparición en la nada, sino el alumbramiento -en cuanto testimonio de amor- de una vida nueva y gloriosa. En este sentido, la cruz es purificadora, liberadora, tanto que -como signo de amor y de confianza-, es capaz de redimirnos, de purificarnos y transformarnos -una especie de renacimiento o resurrección- para acceder a una vida nueva inefable.

Quien nos salva y redime es el amor, no la cruz en cuanto cruz. La cruz en Jesús no es más que la expresión de ese amor y una consecuencia, no deseada, del amor de Dios Padre por lo más débil y fallable, como somos nosotros, encarnados en materia.

Estas ideas innovadoras -que algunos teólogos, como Torres Queiruga, tanto destacan- aún hoy, dentro de una mentalidad conservadora, suscitan rechazo o prevención por atreverse a revisar interpretaciones tradicionales, demasiado inmaduras, que dejan mal el nombre de Dios.

A lo largo de la historia los hombres hemos hecho muchas falsificaciones de Dios, de la religión y de la verdad, y a veces hemos convertido la manipulación y la mentira en verdades indiscutibles. Piénsese en algunos extremismos helénicos, hindúes, hebreos, cristianos, en los integristas musulmanes de nuestros días, y/o en el sistema

social que tanto discrimina y abusa y atropella y miente... Y en las “posverdades” que difunden...

Pues bien, Jesús vino a hacernos ver esas falsificaciones y deformaciones de Dios, así como la falsificación-infravaloración de la persona humana, la falsificación de la religión y de la piedad, convertidas en superficiales o sacrificiales. Vino a enseñarnos un camino de vida más auténtica y acertada, más amorosa y humilde, más fraterna y testimonial, menos penitente. Un camino de vida más fuerte, más comprometida, más fraterna y también más alegre y festiva, que hiciera más grata nuestra estancia en la tierra. En suma, Jesús vino a transmitirnos un **sistema de valores** renovado, nuevo, humanizador, con proyección trascendente.

Las intolerancias, que en nombre de Dios se han cometido en la Iglesia -no hacen falta datos ahora, que por otra parte son abrumadores-, constituyen una muestra clara de que tampoco los cristianos hemos entendido bien el mensaje del Reino que nos trajo el Maestro. ¡Qué mal lo entendimos, pues en su nombre y creyendo hacer un bien, hemos perseguido y matado, y hasta justificado esa conducta! ¡Y también hemos vuelto la espalda y callado ante tanta injusticia y maltrato -otro modo de persecución y muerte-, que claman al cielo! Nos hemos olvidado de que Dios no quiere víctimas ni sacrificios, de que no los acepta y de que se solidariza con las víctimas de la tierra... Porque eso es también la muerte de Jesús: un acto de fidelidad al anuncio del Reino y de solidaridad con las víctimas.

¿Qué más evidencia queremos como demostración de que no siempre hemos entendido bien al Señor y su Reino? La deformación de Dios ha llegado hasta hacer, en algunos aspectos, **un dios a la carta**, a nuestra medida, como ya se había hecho en más de una ocasión en el V. T. (y también en otras religiones, aunque a muchos les cueste admitirlo.)

Los creyentes del N. T. hemos vuelto a repetir la historia de la deformación de Dios, que Jesús vino a clarificar. En más de una ocasión hemos sido ciegos e hipócritas, como aquéllos que denunció el mismo Señor.

Aquí se encuentra una lección importante, que merece la pena repensar: La Historia deja claro que a Dios, a Jesús y su Reino, de hecho lo vamos entendiendo mejor, -aunque poco a poco-, **en el tiempo**, a medida que nos vamos liberando de sus condicionamientos; a medida que vamos madurando como seres humanos, pues el tiempo -en el que discurre la Historia y su cultura- es para nosotros como una placenta, que nos envuelve, nos alimenta, nos mentaliza y nos condiciona tanto que en muchas ocasiones apenas nos ha dejado ver más que horizontes inmediatos muy cortos...

Por eso Jesús habla de que es preciso renacer... Y renacer significa liberación de placentas encorsetadoras, significa pensar, valorar y vivir de otra manera. De una manera nueva, como una criatura nueva liberada, más madura, con horizontes más amplios...



Todo esto nos debería llevar a ser más humildes y más prudentes, y a elevar el amor -no la idea- a referencia y criterio último y definitivo en nuestra vida, como seguidores de Jesús de Nazaret, Hijo del Padre, que es Amor. (1Jn. 4, 8)

Insisto: Hay que elevar el amor **de hecho** -que es madurez psíquica- a criterio y referencia últimos, más que las ideas e interpretaciones que la historia misma va colocando como verdades de segundo orden, revisables. (**Entiéndase bien**: Revisables no “la verdad” de Dios, sino nuestras verdades, nuestras interpretaciones y formulaciones **humanas** de esa verdad.)

Verdad que en el fondo es amor: Dios nos creó por amor, se fue sugiriendo primero en el corazón de cada uno y después en la revelación por amor, se encarnó -no sabemos bien cómo- por amor, nos anunció su Reino por amor, sacrificó su vida en Jesús hombre por amor, y nos salvará -de perdernos en la nada- por amor... Aquí se encuentra un sentido profundo de la redención.

Para Jesús la verdad fundamental -de la que vino a dar testimonio, y que no cambia nunca- es el amor y la salvación por el amor. Y el amor, que es praxis, es más importante que la teoría; teoría que por otra parte, tratándose de Dios, **nunca formularemos correctamente** ni entenderemos bien y a fondo, como nos advierte Pablo: “Nuestro conocimiento es imperfecto...Ahora vemos como en un mal espejo, confusamente... Entendemos a medias”. (1Cor. 13, 9-13)

Esta observación se destaca expresamente en el concilio IV de Letrán: Cuando hablamos de Dios frecuentemente nos equivocamos, lo deformamos, lo falseamos... Esta observación, tan lógica y de tanto sentido común, deberíamos reflexionarla más, dada nuestra tendencia al antropocentrismo, que frecuentemente no nos permite entender mejor -o menos mal- a Dios...

Por eso, la necesidad de centrarnos en el **criterio fundamental de verdad**: El amor más que la idea. Si hemos fallado contra el criterio del amor, hemos errado contra la verdad y el valor esencial del Reino. Si, **de hecho**, hemos errado en la **jerarquización** del amor, somos **falibles** en algo fundamental. A las ideas e interpretaciones teóricas quizá puedan aplicarse aquellos versos de Calderón: errar lo poco -lo menos- no importa, si acertó en lo principal, el amor. Si acertamos en el amor, somos infalibles -vamos por el buen camino- en lo fundamental.

La intolerancia, la persecución, la separación, la desunión -en cualquiera de sus manifestaciones- son incompatibles con Dios y su Reino. Que sean UNO, imploró reiteradamente Jesús. Y ¿qué puede unirnos más que el amor? La base de la unión entre los creyentes en Jesús se encuentra en el amor, reitero una vez más. En las ideas o interpretaciones podemos variar a lo largo de la historia, como así ha ocurrido. En el amor no se puede variar, se coincide de corazón. Ahí se encuentra la unión fundamental, que Jesús tanto deseó.

Como no es posible Dios y dinero, tampoco es posible Dios y desamor, no es posible Dios y desunión, no es posible Jesús y rechazo o exclusión del hermano por sus ideas

(con todos los matices que se necesite poner.) Hemos sometido demasiado el mensaje de Jesús, el Reino, al molde de las categorías helénicas racionalistas, cuando en el Señor su categoría fundamental es de esencia volitiva, es el amor. No hemos entendido el Reino, si no hemos valorado y jerarquizado debidamente el amor. O mejor, si no hemos sabido amar y ser más receptivos, es porque no nos hemos convertido de verdad, en profundidad, al Reino. Por eso nos mantenemos demasiado en el nivel de **lo teórico**; por eso nuestras luchas por diferencias de ideas... -muchas veces ¡sacralizadas!-, que se encuentran a nivel más superficial -y provisional-, y que exigen menos compromiso profundo. ¿Por eso nuestro afán de poder ideológico y nuestro exceso de juridicismo normativo en la Iglesia? ¿Por eso en muchos casos no se tolera la libertad del amor?

Permítanme que lo recuerde de nuevo: Es muy significativo comprobar cómo la intolerancia de los tradicionalistas se manifestó y llevó a cabo con el mismo Jesús. Intolerancia que llegó a la persecución y a la muerte cruenta.

Las ideas religiosas y las costumbres tradicionales de grupos de nuevos conversos judíos, entre los que, como ya vimos, había fariseos, sacerdotes y discípulos de Juan Bta., también sacerdote, vigilaban y reprendían al mismo Pedro por romper tradiciones y entrar en casa de incircuncisos y comer con ellos. (He. 11, 2-3 y Gal. 2, 3-4) Con lo que volvió a repetirse la misma crítica que los escribas y fariseos hicieron al Señor, porque comía con pecadores...

Pedro, pese a las enseñanzas reiteradas de Jesús acerca de lo que es puro o impuro (Mt. 15, 10-20), se mantuvo fiel a las tradiciones y no se liberó de ellas y de sus ataduras hasta bastante más tarde. (Ver Hechos, cap. 10)

Lo que indica que, pese a la “conversión” al Reino, muchos primeros creyentes no entendían bien del todo a Jesús ni su Mensaje, ni el verdadero sentido de su muerte, que para ellos no era nuevo, sino viejo, muy viejo. Para ellos lo viejo pesaba tanto, al menos, como lo nuevo y en algunos casos lo viejo marginaba lo nuevo. Más que falsos hermanos, como diría Pablo, eran malos conversos, que no entendían bien a Jesús y lo que significaba su Reino. No eran capaces de entender que el amor es la categoría y verdad principal en el Reino. Sus mentes estaban fijadas en la tradición y en la Torá. Por eso no eran capaces de entender la novedad de Jesús: El amor supera la Ley. La Ley es el amor. El amor es la Ley. (Como ya dije: Una mente jurista y tradicionalista, o demasiado apegada al V. T., tiene dificultades para entender bien el Reino que anunció Jesús.)

Así, de manera clara o encubierta, corregían al mismo Señor. Así también se entiende que una parte de estos seguidores de Jesús creían en Él, pero con matices, con interpretaciones, como es el caso de los que “sólo fueron bautizados en el bautismo de Juan”, como Apolo, judío converso que cita Pablo, y que sólo había recibido y administraba el bautismo de Juan. (He. 18, 25-28 y 19, 3)

Parece bastante claro que en algunas de las primeras Comunidades cristianas, entre las que se encuentran las de Alejandría, no conocían ni transmitían bien algunas realidades del Reino que enseñó Jesús, ni tampoco la confirmación en la fe mediante la acción del Espíritu. Ni siquiera sabemos si existe el Espíritu Santo, dijo la Comunidad de Éfeso cuando Pablo les habló del tema. (He. 19, 1-6) (Apolo, cristiano judío de la Comunidad alejandrina, y decidido propagador de la fe en Jesús, también en esa ciudad, no estaba bien informado de la doctrina del Reino que anunciaba, por lo que Áquila y Priscila, judíos conversos amigos de Pablo, lo catequizaron mejor, a solas.) ¿Este hecho no da pie para pensar razonablemente que también pudieron producirse, aunque fuesen en tono menor, algunas otras interpretaciones, omisiones o acomodaciones del mensaje de Jesús en algunas otras Comunidades? Apolo -y la Comunidad de Éfeso, tal como se dice en Hechos, 19, 1-5-, parece que tenían una mente bautista quizá tanto como cristiana, y siempre de buena fe. Así se lo habían transmitido.

Por eso, cabe una pregunta, que no es inocua: Si algunas Comunidades interpretaban el bautismo -conversión y fe en Jesús- así, es posible y hasta probable que hicieran otras interpretaciones en clave viejotestamentaria, como por ejemplo, concebir la Cena del Señor, la Eucaristía, como un sacrificio de expiación, que debe presidir un sacerdote. En Hechos, 6, 7, se dice que muchos sacerdotes (¿simpatizantes de Juan?) abrazaron la fe... Juan Bautista, viejo-testamentario y tradicionalista, como vimos, era también sacerdote, que en su tiempo impactó mucho a aquella sociedad, en la que tuvo bastantes discípulos...

¿Estos datos históricos dieron pie a la introducción del esquema sacerdotal levítico -apartado, segregado, jerarquizado, destinado a ofrecer víctimas de expiación por los pecados- en la Iglesia pos-paulina y alejandrina?

¿Cómo se entienden y explican algunas expresiones introducidas en **la misa**, y que tanto disuenan, como “**orad**, hermanos, **para que este sacrificio, mío** y vuestro, sea **agradable** a Dios **Padre...**” En verdad, disuenan mucho con Dios y con el Reino de Jesús.

Como también disuenan los miles de sacrificios diarios -que según esa fórmula se ofrecen en las misas-, con la carta a los Hebreos, 7, 27: Cristo ofreció **un sacrificio de una vez para siempre...**, o con estas otras palabras de la misma carta: Donde hay perdón no hay ofrenda por los pecados. (Carta que, pese a todo, tiene un gran trasfondo viejotestamentario.) Piénsese...

En este sentido es importante la afirmación que el teólogo y exégeta Alonso Schökel y su equipo hacen en la introducción a esa carta, donde prevé un “gran cambio en el concepto del sacerdocio”... (25)

En este contexto, ¿sería muy extraño que algunas interpretaciones con carga viejotestamentaria acabaran imponiéndose en las asambleas, como fue imponiéndose, y mucho, la figura de Juan Bta. en la Iglesia de los primeros siglos? Los que habían sido discípulos de Juan se sentirían moralmente obligados y muy honrados en ensalzar

su figura y también algunas de sus ideas viejotestamentarias. De hecho Juan -pese a elevar tanto la figura de Jesús y decir que no era digno de desatarle las sandalias- conservó sus discípulos, que alguna vez criticaron a los discípulos de Jesús por no observar las normas. Si Juan valoraba tanto a Jesús y pensaba que él debía decrecer, lo lógico es que se retirara y no admitiera ya discípulos -su misión estaba cumplida-; pero se mantuvo en sus ideas viejotestamentarias -como muy bien advirtió el mismo Señor-, y conservó sus discípulos, que -insisto- alguna vez **corrigieron** a los discípulos del Señor...

Es muy posible -parece seguro- que muchos discípulos de Juan, que después se integraron en Comunidades cristianas, continuaran con las ideas que éste les había transmitido, y defendieran su figura y el tipo de espiritualidad que representaba, asociando muy estrechamente a ambos...

¿Todo ello explicaría el curioso y llamativo ordenamiento litúrgico, ya desde los primeros siglos, en el que Juan ocupa un puesto tan relevante, precisamente en el solsticio de verano, como Jesús en el solsticio de invierno y suplantando la fiesta del dios Sol, dos de las grandes fiestas del imperio? Los pasajes citados de los Evangelios y de los Hechos dan pie para pensar o al menos preguntarse algo así.

En otras palabras, los primeros cristianos, al menos en algunas comunidades, ¿refundieron o reinterpretaron el Reino bajo el influjo de ideas de Juan Bta. y del sacerdocio levítico? En este caso, ¿el Reino fue **siempre** bien interpretado y bien transmitido en **todo**?

Ya vimos las diferencias conceptuales respecto a Dios entre Jesús y Juan. Éste con una mente viejotestamentaria y tradicionalista era -había sido- una figura muy fuerte en su tiempo. Es significativo que el historiador judío Flavio Josefo le dedicara más espacio en su obra -*Antigüedades de los judíos*-, que al mismo Jesús. A muchos antiguos seguidores del Bautista les convencerían más las ideas duras y tradicionales de Juan que las refinadas, amables e innovadoras del mismo Señor. En este caso es muy probable que algunos, al menos, con capacidad de influir en las comunidades, reinterpretaran a Jesús a través de Juan.

Juan mismo en vida, antes y después de enviar a algunos discípulos a preguntar a Jesús si era el que había de venir..., pudo haber hecho algún comentario de reserva respecto a ideas y acciones de Jesús. Tradicionalista como era... (¿De ahí esa **corrección** de los discípulos de Juan a los de Jesús?)

La mentalidad intransigente de Juan le llevó a llamar la atención en público y a corregir a Herodes por su vida privada..., cosa que Jesús no hizo, aunque no fue complaciente con éste. Más bien, lo ignoró.

¿Estos datos históricos no suscitan algunas preguntas razonables, como las que venimos planteando? En la revelación Dios no prescinde de lo humano, pese a que la

puede ensombrecer. La revelación se encarna en lo humano, en lo humano en desarrollo, con todas las limitaciones y cierta provisionalidad que lleva consigo. Por eso la revelación fue y es una manifestación divina, pero dinámica, sometida a su circunstancia y al proceso evolutivo y madurativo del ser humano... Esto me parece muy importante no olvidarlo, si queremos entender algo.

La figura tan destacada de Juan suscita otra pregunta razonable: ¿Es posible que explique, en parte, el concepto de **un Dios duro, castigador**, que se introdujo en la espiritualidad de la Iglesia, y que posteriormente muchos leyeron a Jesús a través de ideas de Juan, aunque sin ser muy conscientes de ello?

¿Y lo mismo cabe decir de las intolerancias religiosas practicadas en clave viejotestamentaria? Juan, como los dirigentes religiosos de su tiempo, no era precisamente un hombre tolerante... Hablaba fácilmente de la hoz, de cortar por lo sano.

En fin, lo nuevo crea resistencias, incluso en las personas de mejor buena fe. Y esas resistencias se manifiestan en críticas, en reservas, en oposición, en persecución y también en correcciones o interpretaciones claras o sutiles, que encajen mejor con la tradición en que uno se formó.

Juan era un hombre bueno y recio, que en su contexto merecía respeto y admiración, pero formado con esquemas viejos, demasiado rigoristas, con un concepto inmaduro de Dios. (Recuérdese de nuevo el pasaje de He. 6, 7 en que habla de muchos **sacerdotes**, posibles admiradores de Juan, que abrazaron la fe, probablemente sin apenas haber escuchado a Jesús y con una mentalidad viejotestamentaria, tradicionalista...)

Jesús, en cambio, es la novedad, y presenta una imagen madura de Dios, más convincente y atractiva -así como también mantiene una conducta más pacífica, más tolerante y comprensiva-, pese al riesgo de oposición por parte del sector más conservador. Muchos seguidores, incluso entre los más próximos, no siempre fueron capaces de entenderlo bien entonces, después y **aún hoy**. Por eso retornaron, en parte, al Dios del V. T., más duro, más Señor patriarcal...

¿De ahí las correcciones y contranovedades deformadoras que se observan sobre todo desde fines del siglo I, con la vuelta a esquemas viejotestamentarios, que en parte consiguieron imponer? (Ver Cartas pastorales -atribuidas a Pablo-, la Didajé, carta de Clemente romano y algo más tarde la Didascalia...) (26)

Si fue así, como parece, no es para sorprenderse. Lo viejo, los valores conservadores tratan de imponerse siempre. Esto ocurre todavía hoy. Recuérdese la cita de Häring, ya expuesta. Recuérdense algunos pasajes litúrgicos actuales, que parecen casi una vuelta al espíritu del V. T., como por ejemplo la liturgia del sábado de Resurrección, que -es mi sensación- parece más ideada por rabinos -por mentes rabínicas- que por creyentes cristianos.

La tradición tiene mucha fuerza en la mente humana, sobre todo si se ha sacralizado. Por eso se entiende -repito una vez más-, que Jesús iniciara su predicación con las palabras: “Cambiad de manera de pensar”. Lo cual no resulta fácil. La historia nos lo demuestra cada día. La tradición se resistió con todo su poder al mismo Jesús en persona, así como a su Reino, por lo novedoso que era, porque no quería servir su Reino en odres viejos.

Cambiar de manera de pensar -o nacer de nuevo, como dijo a Nicodemo- es requisito imprescindible para entender a Jesús y su Reino; Reino que es innovación, que supera antiguos modelos viejo-testamentarios; que es revolucionario. Y cambiar de manera de pensar -renacer- significa que el amor debe ser más valorado que la idea, que el Amor debe constituir el primer valor, que debe ocupar el centro en el mensaje del Reino. En psicología, cambiar de manera de pensar, de forma constructiva, es el principio de la creatividad, como vimos.

La innovación siempre crea resistencias, insisto, incluso de buena fe. Y esto lo sabía Jesús. Era muy consciente de ello. Esas resistencias lo llevarían a la muerte, cosa que advirtió más de una vez a los mismos discípulos.

Nota: Si en el A. T. no fueron capaces de transmitir un concepto adecuado, maduro, de Dios -por eso Jesús corrigió algunos aspectos, y hasta contrapuso el V. T. y el Reino que Él anunciaba-, ¿no pudo haber ocurrido algo similar en algún pasaje del N. T., bajo la influencia de mentes viejotestamentarias y con la mejor intención? Los pasajes, por ejemplo, de 1Cor. 11, 2-16 y 14, 34-35 sobre la mujer, ¿no sugieren nada? El pasaje de Mt. 5, 17-18 acerca el cumplimiento de la ley hasta la última tilde, que contrasta con otras palabras de Jesús y de Pablo, como ya hemos visto, ¿tampoco sugieren nada? (Si son textuales esas palabras atribuidas a Jesús, requieren una interpretación que vaya más al espíritu de esa tilde.)

Más aún, cuando en Hechos se habla de los acuerdos del concilio de Jerusalén -el primer **concilio** de la Iglesia, no se olvide-, entre los cuales se impone “abstenerse de comer carne de animales estrangulados o sangre”, ¿qué criterios se están siguiendo en esos acuerdos? Los preceptos del V. T. más que los de Jesús, que había dicho: No lo que entra por la boca... Ni siquiera se sigue la lección que recibió Pedro, tal como se narra en Hechos 10, 9-16: Mata y come...

Lo que evidencia una vez más cómo el espíritu viejotestamentario se impuso en más de una ocasión entre los primeros creyentes cristianos judíos de la comunidad de Jerusalén, al menos. (Ver He. 15, 1-33) (Comunidad de Jerusalén que, tras la destrucción del templo -año 70-, emigró con sus ideas y creencias y se integró en territorios de otras comunidades cristianas, en las que fue acogida.)

Por otra parte, este hecho demuestra que algunos acuerdos o decisiones colegiadas, tomados de buena fe por toda la asamblea, son **acuerdos** dictados por las circunstancias, a veces con ánimo de consenso y armonía con los más tradicionalistas,

dispuestos éstos a duros enfrentamientos, como se destaca en Hechos. 15, y por lo mismo **caducos y revisables** con el tiempo, pues parece que algunas de esas concesiones disuenan con el espíritu del Reino del Señor. Pregunto de nuevo: ¿No nos sugieren nada estos hechos?

Pues bien, para discriminar adecuadamente en éstos y algunos otros pasajes, lo mejor es la referencia constante al **núcleo** del Mensaje del Reino: en él aparece la imagen auténtica del Dios, como Padre y Madre, que nos transmitió Jesús de Nazaret, y en base a esa imagen debemos interpretar coherentemente la vida, la palabra y la muerte del Señor.

#### **4. 2. El Reino y el hombre,**

En el A. T. se resalta el concepto y valor del ser humano sobre los demás seres creados. Las dos citas que expondremos en seguida lo confirman. Pero Jesús va más allá: eleva la cotización del hombre hasta considerarlo un valor absoluto. Veamos:

La religión se había convertido en sistema de poder... sacralizado, -y por ello más peligroso-, ya que como sistema de poder sometía al hombre a tradiciones y normas sacralizadas. En vez de elevarlo, el sistema lo sometía e inferiorizaba, es decir, *de hecho* invertía los valores en la concepción del hombre.

El Templo, la sinagoga -al servicio del sistema- valoraban más el sábado que al hombre. No sólo la ley, sino también las normas, las tradiciones, la autoridad religiosa, el cargo, estaban en la práctica sobre la persona humana.

Esto para Jesús constituía una aberración moral, y diría que también ontológica. Por eso en algunos temas no acepta el orden establecido, e intencionadamente lo conculca al no respetar el sábado, entre otras normas, aunque para muchos -que interpretaban mal el espíritu de esa tradición- fuera un escándalo.

Jesús cuestiona ese orden de valores, que había empequeñecido al varón y reducido su valor casi a una cosa. Y no digamos a la mujer, marginada como un mero valor instrumental. La religión oficial, en vez de promocionarlos, en la práctica había devaluado al hombre-mujer.

Y era lógico: los mismos que no entendían bien a Dios, tampoco valoraban adecuadamente al ser humano.

Las palabras del Génesis: “Hagamos al hombre -y mujer- a nuestra imagen y semejanza” y “Dios creó al hombre a imagen suya”, palabras que repite de nuevo por tercera vez, a fin de dejar bien clara su importancia, “a imagen de Dios los creó” (Gen. 1, 26-27), no se entendieron bien por todos los creyentes. Ese “a imagen y semejanza de Dios” lleva explícita una gran dignidad e implícita la inmortalidad, la vida eterna con Él, cosa que no todos entendían así.

Más tarde algunos profetas y autores bíblicos lo vuelven a recordar, y de modo expreso el libro de la Sabiduría: “Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su naturaleza”. (Sab. 2, 23) Pero había tradiciones y normas -¿sutiles intereses?- que se empeñaban en devaluar al ser humano. Preocupaba más el rito exterior que el hombre en su intimidad, -reflejo de una chispa divina-, y de algún modo incluso que Dios mismo.

Así se deformó la imagen de Dios y el concepto del hombre, dos valores fundamentales, que Jesús vino a esclarecer y de los que dio testimonio, como misión específica y primordial de su Mensaje.

Y porque no acepta ese estado de cosas, esa deformada jerarquía de valores, Jesús toma una postura clara y decidida a favor del ser humano, y lucha por liberarlo de ataduras pseudos-religiosas y legales que lo inferiorizan y someten.

Jesús se pronuncia a favor del hombre como valor indiscutible, como un fin en sí mismo, en la práctica como un valor supremo en todos los órdenes. Para ello se apoya no sólo en textos viejotestamentarios, sino que aduce nuevas razones aún más profundas, que lo revalorizan. El Hombre no sólo es “imagen y semejanza de Dios”, no sólo es hijo por adopción -que ya sería como lo máximo-; tras la **identificación** que Jesús hizo con él -sobre todo si es necesitado-, de alguna manera lo presenta como si fuera Él mismo. (Mt. 25, 40-45)

Más aún, Dios se asienta en el hombre, como su morada, y lo ama, convirtiéndolo en templo, en auténtico sagrario. El templo más pleno y más verdadero de Dios es el hombre. (Jn. 14, 23; 1Cor. 3, 16-17 y 6, 19)

Esta filiación, esa identificación de Dios con el ser humano hasta hacerlo su morada preferida, convierte al hombre-mujer en un valor absoluto de hecho.

Este pensamiento y acción del Señor es inefablemente nuevo e inmensamente profundo. No diluye al hombre en la Divinidad, sino que reafirma y eleva la dignidad del ser humano.

Tanto que el culto que Dios quiere no es el del templo de piedra; el culto que prefiere y agradece es el culto -trato de amor- que se da al hombre, y que recibe como hecho a Él. ¿Puede haber algo más inefable y creativo? (Veremos algo más ampliamente este tema en el epígrafe siguiente.)

La sacralidad de un templo de piedra no es comparable a la sacralidad de un ser humano. Sin embargo, muchos -incluso “jerarcas”- se escandalizan y denuncian más la profanación de un templo de piedra o de una capilla que la de un ser humano maltratado..., o callan ante un sistema opresor que profana y pisotea la dignidad del hombre-mujer-niños... Y, para mayor contradicción, convocan a actos de desagravio público por la profanación de una iglesia. Este hecho merece más reflexión y análisis por parte de los que decimos que creemos en Jesús de Nazaret.



Lo único verdaderamente sacro en el cristianismo, tras Dios, es el hombre. Por eso el ser humano es merecedor de todo el amor, y el amor al hermano es la norma, es el criterio del amor a Dios. (1Jn. 4, 18-21)

Se entiende bien esa cita, que acabamos de ver, a la luz de la cita siguiente de Mateo: “Maestro, ¿cuál es el primer mandamiento”? “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente...”, responde, a lo que, sin que se lo hubiesen preguntado, Jesús añadió **inmediatamente**: “Y el segundo es **semejante** al primero: Amarás a tu prójimo...” (Mt. 22, 36-40)

Con razón en 1Jn. 4, 20 se subraya que quien dice amar a Dios y no ama a su hermano, se equivoca, miente... (Esto deberían pensarlo muchos poderes que permiten abusos o atropellos..., y se dicen cristianos... Piénsese en la venta de pisos baratos, construidos con dinero público, a fondos buitres, y en sus consecuencias...)

Cuando Kant dijo que el hombre es y debe ser un fin y no un medio, destacaba la jerarquía de valores que Jesús de Nazaret había expuesto, en repetidas ocasiones, casi mil ochocientos años antes. El hombre es más que el sábado... Las normas, la economía etc. etc. deben ser para el hombre, nunca al revés.

Todo esto nos lleva a dos reflexiones más, aunque en parte reincida en algunas ideas, pues creo que merece la pena volver sobre ellas:

-**El pecado** que más disgusta a Dios no es el que va directamente contra Él. En realidad nosotros no somos capaces de ofenderlo. ¡Pobrecillos! No tenemos tanta categoría y poder como para ofenderlo. El pecado que de verdad duele a Dios -por decirlo de alguna manera humana-, es el maltrato al hombre, que considera como si fuera **hecho a Él**.

Pecado que ejerce además la función de búmeran: se vuelve contra y daña al mismo que lo ejecuta. Y esto también lo siente Dios. El pecado es a la vez un acto de maltrato al hermano, al que daña, y un acto contra uno mismo, al que hunde en la miseria espiritual y en la vida pródiga, errante, desorientada. Este pecado nos convierte en pródigos sin rumbo, pródigos que caminan en tinieblas.

Por eso Jesús dijo que cuando queramos ofrecer algo a Dios, primero vayamos a reconciliarnos con el hermano. (Mt. 5, 23-26). En el hermano encontramos la gracia y el camino perdidos. Dios así lo dispuso, y se entiende que así sea. Estamos a bien con Él, cuando estamos a bien con el hermano. Y en esa misma medida. El hombre es el camino que lleva a Dios. Como dije en otra parte, “caminante, sí hay camino: / en el hermano lo encuentras”.

-El otro gran tema, que se deriva del concepto cristiano sobre la realidad del hombre como valor absoluto, es el de los **Derechos Humanos**, tan bien recogidos y expresados por la Organización de las Naciones Unidas (1948), y tan poco o casi nada respetados -pese a su espíritu profundamente cristiano-, ni siquiera en la misma Iglesia, y quizá

menos en otras religiones. Resulta penoso recordar -aunque al mismo tiempo sea un aldabonazo aleccionador y desmitificador- que el mismo papa Pío VI en 1791 se pronunció contra “la detestable filosofía de los derechos humanos” en la encíclica *Quod aliquantum*.

El respeto a los Derechos Humanos es un criterio muy importante para discernir si estamos convertidos al Reino, si vamos por el buen camino señalado por el Señor o si vamos desviados de ese camino, que es el hombre...

¡Y pensar que la Iglesia jerárquica no firmó esos Derechos..., Dios mío! ¡Cuánta fijación y estancamiento mental con raíces antiguas y medievales! ¡Cuánto **error mental y moral**, cuánto ciego prejuicio revela! En el fondo, ¿no se encuentra aquí el mismo comportamiento exigido por los dirigentes, que sometían el hombre a la tradición, a las normas, y que rechazó Jesús?

En mi opinión, el respeto a los Derechos Humanos debe ser un **criterio** decisivo en el reconocimiento de autenticidad de una religión. ¿Una religión que no respeta los Derechos Humanos es aceptable? Aunque contenga otros valores positivos, si no respeta adecuada y prioritariamente al ser humano -hombre y mujer-, esa religión **no es fiel** a Dios, está contaminada por los hombres y sus culturas, por mucho que digan que proviene de Él.

Y para ser reconocida, debe **reconvertirse** antes, debe purificarse de la contaminación humana e histórica que la ha deformado, porque de no hacerlo sería una **religión mal entendida** y, al menos en parte, deformadora. La religión auténtica es apertura a Dios y al hombre, con los Derechos Humanos como un criterio de compromiso fehaciente. En otros términos, una religión que se preocupe por la dignificación y promoción del ser humano -hombre y mujer- es el criterio de salvación y de autenticidad, que permite la acogida del Señor, y que reconoce expresamente Jesús de Nazaret. Quien quiera ser fiel a Dios, indefectiblemente tiene que ser fiel al hombre-mujer-niños.

Por lo mismo, una religión que somete y que no está al servicio del ser humano -hombre y mujer por igual-; que no se compromete por su dignificación, es una religión que, por mal entendida, no presenta una buena imagen de Dios. Ofrece una imagen de Dios poco creíble.

(Recuérdese una vez más la parábola del Venid, benditos... Parábola que exige ciertas revisiones de la tradición religiosa... Parábola sobre la que volveremos más adelante.)

¡Cuánto queda por convertir y por hacer! Nuestra nueva gestación, de la que hablaba Jesús a Nicodemo, va muy lenta, también dentro de la Iglesia. Vivimos en un mundo y con unas mentes todavía a medio gestar, todavía sin humanizar..., poco cristianizadas.

Verdaderamente el Reino es un Proyecto de sublimación del hombre, en algunos aspectos nada fácil de entender ni de vivir. Requiere esfuerzo -ascesis-; requiere más

maduración humana y social, una maduración que permita renacer de otra manera, mejor, con valores nuevos... Y esto, por lo que vemos, demanda mucho tiempo -al menos a nivel de estructuras y normas sociales-, más de lo que hemos pensado... La fragilidad e inmadurez humana, el sistema establecido, resisten al cambio. Nuestras limitaciones, nuestro egoísmo, nuestra poca fe y nuestro poco compromiso personal no han permitido ir más de prisa. (27)

### 4. 3. Reino y valores

Veámos antes cómo Jesús inicia su predicación proponiendo un cambio en el modo de pensar, que en el fondo es un cambio de valores o del orden de los valores. Pero no sólo eso -que ya es mucho-; Jesús cambia también el concepto y el contenido de los valores, a veces de modo radical. Cambio que además no es moda pasajera: sus valores perduran a través del tiempo, porque tienen vocación de permanencia, pues tocan esencias.

**Cielo y tierra pasarán, pero no sus palabras.** (Mc. 13, 31) Sus palabras son siempre nuevas porque recogen y asumen algo sustancial. Por eso son de actualidad constante, sin fecha de caducidad. En esas **palabras que no pasarán** se encuentra **la esencia** -los valores fundamentales- del mensaje del Reino.

¿No se advierte aquí, implícito, un **criterio para discernir** lo que es palabra auténtica de Jesús de lo que es interpretación o añadido humano, que no perdura, que pasa con el tiempo? ¿En el N. T. no hay también algunas expresiones que no resisten el tiempo y que pasan con él? Por ejemplo, el papel de la mujer en la Iglesia: cubrir la cabeza, callar, mantenerse pasiva...

Las palabras que pasan no pueden ser de Jesús -ni formar parte del núcleo esencial de la revelación-; o dicho de otro modo: Sólo **la esencia** de la palabra, del Mensaje de Jesús, es la que no pasa, la que perdura. Por eso la palabra del Señor es de la máxima actualidad, y ahí se encuentra la máxima creatividad: sus palabras -su Mensaje, sus valores- no envejecen. De ahí que además se pueda hablar de una revolución de valores, que supera la ética de Buda, de Confucio, de Sócrates, de Aristóteles o de los estoicos...

En el fondo ese cambio y sus valores responden a una filosofía de la vida, que en Jesús implican también una visión teológica de la existencia en su más profunda realidad y en su más plena verdad, la más radical. **Esa verdad de la que vino a dar testimonio**, como dijo Él mismo a Pilatos.

Pues bien, ese cambio, para ser auténtico y creíble, debe comenzar por uno mismo, debe realizarse en primer lugar en la propia intimidad, en la mente, en los sentimientos, en el corazón..., como ya hemos visto.

La conversión que pide el Señor es conversión interior que compromete, que es más que mera identificación teórica con el lema de un grupo. Es más que un carnet. La

conversión que pide es transformación personal en hombre nuevo, en autenticidad profunda. Lo cual requiere esfuerzo, ascesis, gestación y parto que alumbrará una nueva criatura, una persona nueva. Conversión que dura, que se produce durante toda la vida. Nuestro seguimiento es un acto de conversión diario, constante, o no es seguimiento, pues se quedaría en sólo palabras.

A lo largo de este trabajo hemos ido viendo la primacía que Jesús otorga al hombre: Tras Dios y con Él, el ser humano constituye el primer valor aquí, en esta vida. Para nosotros, seres humanos, mientras vivimos en la tierra, todo debe valorarse y organizarse a partir del hombre y en función del hombre, porque el hombre es también dueño del sábado y de la tradición... Mientras vivimos aquí, el hombre es la medida de los demás valores y no el sábado, tantos sábados convertidos en principios indiscutibles...

Se entiende también por sábado toda la organización de la convivencia y del ordenamiento social, tan profundamente injusto, tan repugnante; y por hombre la humanidad entera, igualitaria, sin privilegios de grupos...

Cuando Protágoras afirmaba que el hombre es la medida de todas las cosas, pese a su relativismo sofista -lo que no impedía que su escuela denunciara la desigualdad social-, ¿no expresaba **una parte** de verdad, en cuanto priorizaba y centraba su atención en el ser humano? ¿En este sentido es muy arriesgado afirmar que quizá Jesús le hubiese dicho, como al letrado aquel: No estás lejos del Reino? (Mc. 12, 34)

A partir del hombre, sociológica y teológicamente como valor supremo, se derivan los demás valores, unos relacionados con la conversión personal -vuelta hacia sí, valores internos-, y otros relativos a la convivencia grupal -valores de relación interpersonal, externos-. Valores que una vez incorporados dignifican más al hombre y lo elevan a una condición más humana.

Veamos cuáles son esos valores internos y externos en palabras del mismo Jesús, y comprobaremos una vez más el pensamiento creativo del Señor. (Al citar, a veces hago una interpretación personal, pero fiel -creo y deseo- al pensamiento de Jesús de Nazaret.)

### **A) Valores personales internos.**

Se refieren al desarrollo psíquico, espiritual y moral del hombre, que capacitan para la convivencia ordenada, libre y respetuosa, sin ídolos, sin servidumbres, abierta a la solidaridad y en última instancia al amor.

Los valores personales apoyan y destacan la dignidad del hombre. Como ya vimos, lo primero que Jesús pide o propone es cambio interior en profundidad, es decir, veraz, sincero y sobre todo auténtico. No mera apariencia. En efecto:

1) El Reino es y requiere **autenticidad**. Es incompatible con la apariencia, con el fingimiento, con la mentira o con el mero rito. El Reino, que demanda conversión de la intimidad, es luz y rectitud, es sencillez diáfana. Cuando el Señor dijo que “**no sólo de pan vive el hombre**” (Mt. 4, 4), está señalando la necesidad de valores internos espirituales, humanizados, que van más allá de la mera necesidad material.

Esta es la condición previa para poder entenderlo y conseguir que el Reino se asiente en nosotros. Si vuestra justicia -vuestra autenticidad, vuestro cambio interior, vuestra religión- no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino, porque no lo entenderéis ni lo viviréis adecuadamente. (Mt. 5, 19-20.)

El cambio en el modo de pensar, y por consiguiente de vivirlo, permite que entendamos el Reino sin acomodos. Los sacerdotes, escribas y fariseos no fueron capaces de comprenderlo, por eso no aceptaron ese cambio y se resistieron a él. Sin autenticidad profunda no es posible vivir el Reino genuinamente. (El pensamiento creativo de Jesús requiere autenticidad y fortaleza, que es mucho más que buena intención o simple fachada, incluso es más que sinceridad.)

2) Junto a la autenticidad -que es más que sinceridad, reitero-, Jesús coloca la **humildad**. El Reino reclama este valor como sustancial. Humildad y autenticidad van indisolublemente unidas, tanto que se reconvierten y permiten que el Reino esté dentro de nosotros.

La autenticidad humilde es discreta, no pregona, no es ostentosa, vive de realidades consistentes. No busca destacar ni ocupar primeros puestos. Ésos no son sus valores. Por eso Jesús puso a los primeros como últimos (Mt. 19, 30) y rebaja al que se ensalza (Lc. 13, 29-30 y 14, 11). El seguidor del Reino vive con sencillez, humilde, sin ostentación, sin buscar la aprobación humana para que le alaben... No da publicidad a sus obras buenas, procura que su izquierda ignore lo que hace la derecha (Mt. 6, 2-3). Y también cuando ora, lo hace a solas, o si ayuna o hace penitencia, no se nota. (Mt. 6, 16-17)

(¿Estas palabras no quieren decir nada a ciertas penitencias -incluidos los pies descalzos en invierno-, de algunas tradiciones religiosas penitentes, que parecen más bautistas que cristianas...?)

Los humildes, más que los penitentes, son los preferidos de Dios, porque reconocen, aceptan y hasta aman sus limitaciones; porque no se sobreponen al hermano, porque se acercan a Dios de modo más auténtico y hacen más grata la convivencia humana. El humilde es comprensivo con su hermano: no lo juzga, no lo condena, porque es consciente de que desconoce sus intenciones y su situación interior. (Mt. 7, 1-3)

Al humilde le basta con mirarse a sí mismo para tener razones suficientes, que le lleven a no juzgar ni condenar a nadie. El humilde, porque conoce la viga propia, no

mira la paja o la viga de los demás. Aplica a los otros la misma medida que quiere para sí. (Mt. 7, 1-3 y Lc. 6, 27-38)

De esta manera, imita a su Maestro, que no vino a juzgar ni a condenar sino a ayudar, a acoger, a sanar, a salvar. (Jn. 12, 47)

Por todo ello, el humilde es tolerante, pacífico, busca encuentros. No se irrita, no amenaza, es amable, es bondadoso. Quiere arrepentimiento humilde en su corazón y no sacrificio. Si ha faltado a su hermano, se reconcilia con él antes de acercarse a Dios. No guarda rencores ni resentimientos, que autodestruyen, sino que perdona siempre y de corazón. (Mt. 5, 23-24 y Lc. 17, 3-4)

3) Pero el auténticamente humilde, consciente de su fragilidad, no es una persona débil -aparente paradoja-; **es fuerte en su debilidad**. Esa fortaleza procede de que, consciente de su debilidad, edifica sobre firme: la oración y la confianza en el Señor. Por eso esa fortaleza de apariencia frágil es amable, no es dura con los demás. Y más aún: esa fortaleza se hace más consistente cuando se libera de ataduras, de dependencias, de miedos ante la opinión ajena...

El humilde es más fuerte cuando lo posee y lo guía una gran libertad interior, cuando sólo se rige por valores auténticos que perduran, no por criterios humanos variables. El humilde ve más clara la realidad y por ello sabe bien lo que quiere. Sabe valorar su entorno y los valores que sostienen ese entorno. Y porque sabe valorarlos y no se somete a ellos -no los asume-, es libre. Lo cual le hace lúcido y fuerte y no siente la necesidad de mirar atrás, ni de poner la mano en el arado y retirarla, ni da la espalda ni pasa de largo ante la necesidad, ante el sufrimiento o la injusticia. La humildad no pasa de largo, es sensible y generosa. Aunque también está dispuesta a reconocer errores y a rectificar, sin sentirse vulnerable, (no digo insensible.)

Por todo ello el humilde es fuerte en su fragilidad, no es agresivo, aunque sí puede ser **asertivo** cuando la ocasión lo demanda. (Jn.18, 23) (Mt. 7, 24-26)

4) Otro valor característico de la autenticidad humilde y fuerte es la **coherencia** de vida -coherencia relativa, tratándose de un ser humano frágil, consciente de que es más fácil hablar o escribir que ser, que vivir coherentemente-. Por eso aquí hablamos de coherencia, al menos básica, entre lo que uno siente, piensa, vive, dice y hace. Esto es lo que convierte a uno en persona de fiar. La persona de fiar no sólo no mira atrás, sino que acompaña sin condiciones, y más en los momentos críticos. Por eso a la persona de fiar le basta su palabra, no necesita más. Porque su palabra es sí, sí y basta, como pedía el Señor. No un voy pero no va, ni un Señor, Señor, pero no cumple.

Para su Proyecto de Reino Jesús quiere hombres de palabra, personas de fiar, sin dobleces. Es decir, personas auténticas, humildes, fuertes, fiables, altruistas, capaces de servir. Aunque tampoco rechaza al frágil, al pecador humilde y sinceramente

arrepentido. En este caso, lo acoge con amor y le ayuda a transformar esa incoherencia en humildad, humildad como fuente de un amor que se da.

5) Todo esto pone en evidencia que para el Maestro **la conducta es más importante** que la idea o la mera buena intención. Incluso las acciones menores, aparentemente de poca importancia, como dar un vaso de agua, son importantes para Él por lo que significan. (Mt. 10. 40-42) Jesús ordinariamente no pide cosas mayores; se conforma con la fidelidad a las pequeñas obligaciones de cada día. Así lo pone de manifiesto cuando dice: Quien cumpla lo menor y lo enseñe, será grande. (Mt. 5, 19)

En suma, por los frutos se reconoce al buen árbol. (Mt. 7, 15-19 y 12, 33-36) Lo que equivale a dar testimonio con obras, no con meras palabras o doctrinas... La conducta altruista sincera, no fingida, **es el criterio** de autenticidad o inautenticidad, como deja bien claro la parábola del “Venid, benditos...” Conducta que consiste en tratar bien, en ayudar, aliviar, promover, denunciar, liberar... En otras palabras, frutos prácticos, no meras teorías o ideas, ni sólo muchas misas y rosarios o novenas...

El pecado de omisión, de silencio, de pasar de largo también cuenta, y será criterio de evaluación -salvación-, de andar o no por el buen camino del Reino.

6) Pero el Señor matiza más: ante situaciones difíciles o complicadas nos exhorta a **ser pacientes**: contrólate, no reacciones de modo violento, no pierdas la paz interior, sé dueño de ti mismo, sé conciliador, y en algunas ocasiones no te importe ceder... Si sois pacientes, poseeréis vuestro espíritu. La paz es más importante..., nos viene a decir. (Aparte de que, si no eres paciente, si te precipitas, es muy difícil que seas objetivo y no manipules los hechos; más aún, es muy difícil que reconozcas tus errores y no los racionalices, incluso de buena fe.) En suma, sé **pacífico** y difunde paz.

7) Por lo demás, sé también **responsable**, sé una persona comprometida contigo y con los demás. No pienses que lo tuyo -tus dones- son sólo para ti. Has nacido con unos **talentos** -tu capital-, que debes invertir bien y acrecentar; no los entierres. Y no olvides que el mejor modo de incrementarlos es invertir en el hombre. ¡Qué lección para los profesionales de la bolsa, de la especulación, de la banca, de los alimentos, de las medicinas, de las multinacionales..., que invierten a corto, guiados por el interés del ego, sólo en pura materia!

El mejor banco inversor, el que da mayor interés, y el mejor campo de cultivo, que da más cosecha, es invertir en tu hermano más necesitado. Invierte en el necesitado, que no puede devolverte, y tus intereses serán muy altos. No lo dudes: ésta es la mejor operación que puedes realizar, pensando también en tu propio interés, en ti. (Mt. 25, 14 ss.)

Tu mayor enriquecimiento es que el hermano se sienta bien a tu lado; tu mejor negocio lo realizarás si amas y sirves humilde y alegre. Así te enriquecerás de verdad, con solidez, sin operaciones burbuja que se desinflan y arruinan.

He aquí unos grandes pensamientos creativos, algunos revolucionarios, de Jesús de Nazaret, que por otra parte demuestran una gran madurez en un hombre tan joven.

8) Con todo ello lo que viene a sugerirnos el Señor es que hay otro modo más inteligente de ver las cosas, si se contemplan con más perspectiva y profundidad, con **horizontes más largos...** Si jugamos a corto, se pierde la perspectiva y se impone lo telúrico y lo inmediato, que muchas veces conduce al puro error, al vacío estéril, a caer en la tentación de crearnos ídolos, al egocentrismo...

Limitarse a lo inmediato es perder perspectiva, es cegarse, porque no permite ver más verdad que la que se palpa y se disfruta en el momento. Seduce más lo que brilla y está al alcance. Seduce más la burbuja, que permite aparentar, aunque por dentro esté vacía. Esto en el fondo es inmadurez humana, que impide el auténtico crecimiento personal y social.

El caso de las vírgenes **necias** -necias en el sentido más etimológico del término- lo explica bien; pero quizá todavía mejor el pasaje evangélico que contrapone los hijos de este mundo -hijos de las tinieblas que andan ciegos, que juegan a corto, porque no saben dar sentido y valor profundo a su existencia- como más listos, más hábiles y previsores -pese a todo-, que los hijos de la luz, más pasivos y más torpes, más rutinarios. ¡Qué bien nos define este pasaje! Pasaje que encierra una predicción de futuro -una auténtica profecía-, y un gran realismo... Lo material inmediato estimula más, aguza más que lo espiritual, que la transformación-maduración interior en muchos, muchos casos... Para muchas mentes la transformación interna, la mejora del espíritu, tiene poco valor. Más: muchos, demasiado dependientes de las posesiones, de la apariencia, de figurar, de disfrutar de la vida material, parecen casi incapaces de entender y valorar lo que significa cultivo interior.

En palabras previsoras de Jesús, hemos sido y somos demasiado pasivos, demasiado rutinarios, somos poca luz, somos torpes como testimonio difusor de su Reino. Y el Señor no nos quiere así, como creyentes necios... Nos quiere seguidores creyentes más previsores, más comprometidos, más lúcidos, -pues saben mirar con más profundidad y a plazo más largo-, más consecuentes.

En el Reino hay que saber ser hábil y sabio en el modo de valorar, de planificar y de organizar la propia vida con base en valores duraderos, estables, no caducos y sin consistencia, porque esto último sería como invertir en fondos de inversión basura... El “de qué te vale...” es una llamada a una reflexión inteligente y a una orientación más sabia de la vida. (Mc. 8, 36; Mt. 16, 26)



Todo esto sirve y es aplicable a la Iglesia estructura, a la Iglesia organización, a la Iglesia tradición, a la Iglesia poder y jerarquía, a la Iglesia docente, a la Iglesia derecho canónico, a la Iglesia humana..., y a cada uno de los que nos confesamos creyentes en Jesús de Nazaret.

9) Decía antes que la humildad es **tolerante**. Esto también se puede afirmar de la buena inteligencia emocional, que no se limita a espacios cortos. Una persona inteligente y **emocionalmente libre**, que contempla la realidad y al hombre en profundidad, con sabiduría, con mirada amplia y abierta, no puede ser rígida ni dogmática.

Una inteligencia emocionalmente libre, capaz de ver la realidad más allá de la piel, es flexible, es tolerante, es prudente, es bondadosa. Sabe que hay lobos -no es ingenua-, y por ello sabe comportarse prudentemente y con sentido realista, pero el lado negativo de la realidad no la inhibe ni le hace perder la sencillez ni la bondad ni el compromiso personal.

Acepta la realidad -que es mezcla de bueno y malo, de aciertos y errores-, con tolerancia comprensiva. Por eso no se precipita a calificar ni arrancar la cizaña. Sabe convivir sin agredir, sin excluir ni dejarse contaminar. Se comporta como el Padre, que hace salir el sol sobre justos e injustos... (Mt. 5, 43-48 y 22, 29)

Una postura tolerante, y no de condena, fue la de Jesús con los saduceos, que negaban la inmortalidad, que no creían en la resurrección de los muertos. Ante el caso que le propusieron para reafirmar sus creencias, el Señor no los condena ni les increpa. Se limita a argumentar y a decirles tranquilamente que estaban equivocados. Jesús fue duro con las tradiciones que sometían al hombre, con algunas conductas hipócritas y avariciosas, pero no con las ideas o creencias -si no abusan del hombre-. En este caso, sólo se limita a decirles: No habéis entendido bien las Escrituras, estáis muy equivocados... (Mc. 12, 18-28)

¡¡¡Y nosotros, que hemos perseguido, castigado y hasta matado por ideas, por utilizar odres nuevos, por considerarlos cizaña, contra el deseo expreso del Señor, y encima diciendo que lo hacíamos en su nombre!!! ¡Cuánta ceguera y visceralidad nos impidió ver y entender el espíritu del Señor! Pero lo peor es que no hemos aprendido suficientemente de nuestros errores e infidelidades y seguimos sin enmendalla...

No hemos aprendido que el Reino de Dios no lo entendimos totalmente bien desde el principio, que lo vamos entendiendo poco a poco con el tiempo, a medida que maduramos. Hoy estamos en condiciones de entender mejor el Mensaje de Jesús, en algunos aspectos, que muchos de sus discípulos y que los cristianos y servidores -con las debidas excepciones- de siglos pasados... Lo cual no debe sorprendernos. Ahí está la Historia de la Iglesia para recordarnos que nuestros fallos no han sido sólo de fragilidad o infidelidad, sino también de comprensión y de interpretación del Reino...

Piéñese en algunos papas de la Edad Media, que se creían con derecho -nada menos que divino- para investir y legitimar a un rey o emperador...

Pero no han sido sólo fallos de ideas o de interpretaciones, también han sido de valoraciones éticas. Recuérdese a Hipatia, a J. Huss, a G. Bruno, a Teresa de Ávila y la inquisición, a Galileo, a Rosmini, a Congar, y a tantos más que por querer utilizar odres nuevos en el anuncio del Reino fueron reprimidos y castigados, a veces cruelmente.

El Espíritu del Señor se ajusta al ritmo de nuestra maduración evolutiva a la hora de enseñarnos y hacernos entender... Estoy seguro de que los creyentes que nos sucedan entenderán el Reino, en algunos aspectos, mejor que nosotros..., y esto les llevará a demandar cambios, reajustes, innovaciones... A demandar, en suma, una conversión más refinada, más auténtica y creíble, menos teórica, menos burocrática, más sencilla, más práctica y comprometida.

10) A Jesús de Nazaret su conciencia de la realidad no le amarga la vida, ni le lleva a evadirse de esa realidad. Sabe entenderla con comprensión y con paz. **Sabe mirar lo positivo y vivir la vida con gozo, con confianza y con esperanza**, así como también sabe disfrutarla -con moderación, sí-, pero sin ascesis negativas, sin concebir la vida como un exilio, como un valle de lágrimas, como una renuncia permanente. (Recuérdense, en cambio, algunas ideas del “*Salve Regina*”..., y el tipo de espiritualidad que representa, hija de su tiempo.)

El Señor concibe y vive la vida como un regalo de Dios. Por eso asiste a fiestas -boda-, a algunos banquetes, come y bebe sin perder su dignidad. Disfruta de y con los amigos -Lázaro, uno de ellos- y al mismo tiempo aprovecha para dejar caer que lo principal es el cultivo interior del hombre, más que las alegrías y satisfacciones externas muy legítimas. Así hace de su vida un testimonio sencillo, honesto y coherente, sugerente y nunca frívolo, siempre auténtico.

11) Esa vida moderada de Jesús, totalmente dedicada al Reino, es un modelo para sus seguidores. Su **ascesis** va por otro camino, el **interior**, que es el más importante y también el más difícil: vivir en **libertad interior**, sin apegos indebidos, sin ídolos, sin ataduras de ningún tipo, humilde y lúcidamente, es lo que agranda la capacidad de amar y abre a la trascendencia. (No olvidar: La libertad es en gran medida una conquista personal, que requiere esfuerzo y purificación de **servidumbres**, internas, emocionales, en primer lugar.)

Los bienes los valora en lo justo, aunque a Él no le interesen. Los utiliza como instrumentos, y sólo en lo necesario para vivir con dignidad. Por eso aconseja: No atesores... Si miras a más largo plazo y en profundidad, ¿de qué sirve atesorar...? Jesús

nos hace reflexiones de sensatez y buen sentido: invierte en valores auténticos, seguros, que perduran..., no en basura o en caducidad.

Por ello añade y reitera: No te equivoques, no pongas tu corazón en oropeles. Pon tu corazón en lo que es un verdadero tesoro. (Mt. 6, 19-21) No inviertas en bonus basura o en valores volátiles ni en preferentes, que constituyen un timo... (Mt. 16, 24-26) De una u otra manera nos lo repite: Invierte en el hombre, que es lo más rentable para tus intereses. (Mt. 10, 42 y 25, 31-45)

Por tanto, **no acumules**, vive dignamente al día. No te inquietes **demasiado** por el mañana. Vive el afán de cada día con responsabilidad, con paz. Prevé lo razonable. Tú pon de tu parte en cada momento, y confía. (Mt. 6, 25-33)

12) Y continúa con su alto sentido de sensatez inteligente: **Sé lúcido**, ten el **corazón limpio** y las ideas claras. En el Reino **no se puede servir a dos señores**. No trates de compaginar lo que es incompatible. No trates de compaginar a Dios con el negocio turbio, y menos si es a costa del hombre.

No te vendas, no te aburgueses, no trates de cohonestar lo incompatible. Sé libre interiormente y pon tu corazón donde está el verdadero tesoro. No inviertas tus talentos en un dios que te falle. Sé lúcido. No te ciegues. No estafes, ni siquiera cuando la estafa o el fraude son consentidos, como en la especulación financiera o en los paraísos fiscales para unos pocos, o en los bancos y las multinacionales..., que no ponen fronteras a sus apetencias desordenadas... ¡Ay de vosotros, los que acumuláis a costa del hombre! ¡Ay de vosotros! (Lc. 6, 24-25)

No te olvides, tenlo siempre muy presente: Es imposible servir a Dios y al capital que explota al hombre. (Mt. 6, 24; Mc. 10, 23; Lc. 18, 24)

No atesores, pues. ¿De qué te sirve, si te extravías? Si te conviertes en idólatra, rebajas tu dignidad. Como te dije, invierte tus talentos en el hombre, que es lo más rentable a largo plazo. Recuerda mi parábola “Venid, benditos...” Éste es el tesoro, pon en él tu corazón. (Mt. 6, 19-21)

Así hablaría hoy el Señor. Así quiere -creo yo- que hablen los que anuncian su Reino. Y en esta línea de pensamiento aún diría más:

13) Ten en tu interior **hambre y sed de justicia**, porque este mundo está socialmente mal ordenado, mal construido. Y son muchos los que sufren por ello. Algunos “poderosos” no ven más que desde su egoísmo; andan a oscuras, ciegos, compulsivos, tras ídolos; van por el mundo de caza, causando víctimas, con una voracidad patológica. Y para “justificar” su conducta, recurren a acuerdos secretos -piénsese en algunos detalles de tratados de libre comercio...-, o recurren a racionalizaciones que refuercen su posición y sus intereses...; que refuercen esa conducta compulsiva y ciega... con teorías que someten al hombre. No son capaces de entender que la

economía debe tener ética... Que una economía sin ética es una aberración inhumana. Es una perversión de valores.

(Permíteme, entre paréntesis, recordar una idea ya apuntada anteriormente: No es posible una ética con una jerarquía de valores humanizados, si no partimos de un concepto del hombre como un valor absoluto, que ocupe la cúspide de esa jerarquía de valores. Los que pretenden utilizarlo como un instrumento no admitirán esa jerarquía, y la degradarán, reduciendo al hombre a un medio desechable, a un individuo-objeto sin personalidad.)

¡Ojo, pues, a los conceptos utilitaristas, mecanicistas o racistas etc. en torno al hombre, que es lo que en el fondo defiende el sistema actual! En este sentido, ¿no existe una contradicción, al menos implícita, en la postura que resta dignidad al ser humano como persona, -o la reduce intelectualmente casi a un robot-, y al mismo tiempo reivindica derechos humanos y sociales inalienables para sí, como la libertad? Despojar al hombre de su dignidad personal es reducirlo a un instrumento, a un medio, que utilizo y desecho. Y esto es precisamente lo que quiere el sistema neoliberal. Quienes, desde una postura teórica de izquierdas -no digo ya nada de la visión conservadora de derechas-, despojan al ser humano de su dignidad como persona y lo conciben como casi un robot, sin capacidad de libertad intrínseca, están abonando las ideas y los intereses del neoliberalismo depredador. Puro darwinismo social. Aquí adquieren pleno sentido las palabras de Jesús: **No es posible Dios y dinero**. El dinero no necesita a Dios -le estorba-, porque él mismo se convierte en dios. Estas palabras del Señor son cada día más actuales.

Retornando al tema de este punto 13, cabe añadir con ideas del mismo Maestro: Vosotros sed portadores de valores auténticos y transformadores con vuestro testimonio de vida. Por eso os pido que **seáis luz** para que muchos puedan ver y razonar mejor (Mt. 5, 14-16); que seáis fermento y sal que degusta, transforma y conserva (Mt. 5, 13 y Mc. 9, 50). Decidles que cerca de Mí verán la luz y se orientarán bien, pues entenderán mejor el sentido de su vida; en cambio, lejos de Mí andarán en tinieblas, andarán despistados por la vida. (Jn. 8, 12 y 9, 5) Decídselo -no os calléis, no lo ocultéis-, porque mi Reino es luz que ilumina y orienta. Pero mejor que decirlo, proclamadlo con vuestro **testimonio** de vida. Para que cambien y transformen esa situación injusta -causa de tanto sufrimiento-, enseñad en primer lugar con vuestro estilo de vida, sencilla, desprendida, humilde, sabia y solidaria, a fin de que, viendo vuestras buenas obras, se hagan una buena imagen de Mí, glorifiquen a Dios y transformen la tierra en una tienda más humana. (Mt. 5, 16) Esta es la sabiduría inteligente que os pido.

14) Por eso también os digo: ¡Ojo a las **tradiciones intocables, sacralizadas**, que someten e inferiorizan al hombre, y son sólo preceptos humanos! Las tradiciones y las normas y los mercados son para el hombre y no el hombre para las tradiciones, las normas o los mercados. (Mc. 2, 27 ss. y Mt. 12, 1-8)

El trabajo y la riqueza para el hombre, no el hombre para el trabajo y el enriquecimiento, y más si la riqueza es para unos pocos a costa de muchos. No olvidéis: El hombre es señor del sábado. Cuando los que mandan se anteponen e **instrumentalizan al hombre** no son éticos, obran mal. (Mt. 15, 1-10; Mc. 7, 1-14; Lc. 6, 1-11).

En esa lucha por transformar la tierra, vais a encontrar **resistencias**. En este caso, tened presente que no he venido a poner paz, sino tensión. Querer transformar, en libertad y respeto, al hombre y la tierra; declarar que Dios y el negocio abusivo son incompatibles, es crear tensión. Criticar valores tradicionales, poco humanos, es crear tensión. Decir que el hombre es más importante que el capital, que los beneficios, que las mismas normas religiosas, es crear tensión. Vosotros sed fieles a Dios y al hombre. Que no os inhiba el **miedo** a esas tensiones, aunque en ocasiones acaben en críticas y hasta en persecución. (Mt. 10, 34-42)

Como ya vimos, Jesús rompió con bastantes tradiciones: comía y bebía con pecadores, se dejaba tocar, lavar los pies por una mujer pública, no respetaba el sábado -sagrado para los judíos-, ni las abluciones, no ayunaba como los fariseos o los discípulos de Juan, hablaba con mujeres en público, las aceptaba, las quería en su compañía. Incluso las hizo protagonistas: el primer gran mensaje y Buena Nueva de su Resurrección se lo encomendó a una mujer: “Ve y di a tus hermanos...” (Jn. 20, 11-18; Mt. 28, 9-10)

Jesús también rechaza las tradiciones que fomentan el riesgo de una **espiritualidad superficial**, poco auténtica, fundada en prejuicios sociales o en fórmulas externas, sin base alguna: “No lo que entra por la boca -carne de animales “impuros”-, sino lo que sale de ella y viene del corazón es lo que mancha al hombre”. Así, pues, no seáis ciegos, ni guías de ciegos, que sería mucho peor. (Mt. 15, 10-20)

Una vez más, Jesús inteligente y honesto, busca lo auténtico. El bien, la bondad o la maldad se incuban y surgen fundamentalmente **dentro**. Ahí es donde tenemos que dirigir nuestro esfuerzo de mejora y nuestra ascesis.

En suma, no frivolicemos la religión imponiendo ritos con poco sentido o casi reduciéndola a fiestas y procesiones folclóricas, a devociones rutinarias, a tradiciones y apariencias vacías, casi sin compromiso personal...

Permítase una vez más admirar la gran madurez y originalidad que manifiesta el Señor en todas estas enseñanzas, la mayoría de ellas impensables hace veinte siglos, y aún hoy no aceptables por muchos, muchos.

15) Otra sabia enseñanza de Jesús de Nazaret, que entra de lleno en el campo de los valores, es la sensata recomendación y advertencia que, a mi entender, tiene mucho recorrido y aplicación, cuando dice: Sé prudente, sabio y realista, **no mezcles lo viejo con lo nuevo**, no cosas paños viejos con otros nuevos ni echas vino nuevo en odres

viejos, porque no aguantarían. Es decir, no mezcles ni acomodes lo nuevo -la innovación que traigo- con fórmulas viejas, con normas de la tradición. El proceso de mejora requiere innovación, que comienza en el interior de uno mismo.

Lo nuevo presentadlo en formas nuevas y consistentes, actualizadas. (Mt. 9, 16-17 y Lc. 5, 38) Mi doctrina es vino nuevo; no la introduzcáis ni presentéis con fórmulas tradicionales o estructuras antiguas, de otros tiempos, que ya no dicen nada o dicen muy poco. Esto nuevo que traigo presentadlo siempre en formas nuevas, actualizadas. No recurráis a viejas tradiciones sin espíritu, ya caducadas, para anunciar el Reino y para dar culto al Padre. Ni hagáis mezclas, porque el vino nuevo de mi mensaje perdería fuerza y sería menos convincente, sería menos valorado.

Esta recomendación, esta directriz del Señor está siempre vigente. Es aplicable en nuestros días, en los que todavía seguimos mezclando lo nuevo con lo viejo -de hace un siglo, diez, veinte o treinta-, a costa de la pureza y eficacia del mensaje del Reino y de su vivencia interior, auténtica.

16) Como un resumen de algunas cosas que os he enseñado, os digo: **Buscad primero el Reino de Dios y su justicia**, -en el que el hombre ocupa un lugar central, no lo olvidéis-, y el resto -pan, techo, respeto, perdón, paz, solidaridad, bienestar, educación, veros más libres de ídolos que os seduzcan...-, vendrá como **consecuencia**, y también con más estabilidad y seguridad que ahora, porque no especularéis contra el hombre, a quien yo amo; porque no caeréis tan fácilmente en la tentación de adoraros o de sustituirme por ídolos...; porque así construiréis un mundo mejor, más fundado en valores humanos, que promocionan al hombre, mi hermano querido.

En efecto, si seguís mis palabras os irá mejor a todos, os sentiréis mejor todos. El Reino de Dios que os anuncio, que os traigo, busca la promoción y el bienestar espiritual y físico del hombre, y al mismo tiempo le ayuda a sobrellevar mejor la cruz personal, inevitable, de cada día.

Os hablo así, porque lo que os digo corresponde a lo que soy: Maestro, que os enseña el sentido profundo de vuestra existencia, de vuestra dignidad, pues tenéis un futuro que va más allá de lo caduco. No lo olvidéis: mis palabras -mis palabras auténticas- son de perenne actualidad, no pasan, porque tocan esencias.

Así, pues, **discernid bien**: si algunas palabras, atribuidas a Mí, pasan, si no son de actualidad, si han perdido vigencia por caducidad, no me las atribuyáis, porque no son mías. Por eso decís bien cuando me llamáis Maestro: mi enseñanza perdura, no caduca, es siempre nueva. Así hablaría y habla el Señor a todos sus seguidores y a cada uno, como cuando se vio con Nicodemo, recuerdo de nuevo...

Con razón muchos expertos bíblicos y teólogos de nuestro tiempo, cuando analizan las palabras de los Evangelios, puestas en boca de Jesús, distinguen entre lo que parecen reflexiones teológicas del autor o de la comunidad en la que éste vivía, y las

propias del Señor. En este caso **la originalidad** de esas palabras sería el criterio de discernimiento. La **esencia** del pensamiento y conducta de Jesús es casi siempre novedad, innovación, cambio en el modo de pensar y de actuar... Es actualidad permanente. Por eso, sus palabras no pasan.

17) Si, pese a todo, **te asalta la fragilidad**, reconócela humilde, consciente de que eres débil. Y **ora**, también humilde, para no volver a caer en la tentación. (Lc. 22, 40) Y cuando no puedas más con tu cruz, confía y pide intensa e insistentemente al Padre que te dé fuerzas para caminar, y las recibirás, porque te ama. (Mt. 7, 7-11)

Puesto que la vida es dura a veces y la carne débil, no te echés a dormir, vela y suplica humilde y perseverante. Yo estaré contigo.

Si te parece que la puerta es estrecha y pesada para abrir, pon de tu parte, ora y confía, no desesperes, libérate primero de tus cargas interiores... -que son las más pesadas-, y entonces comprobarás cómo mi yugo se te hace suave y mi carga ligera. Pese a todo, cuando estés angustiado y no puedas más, ven a Mí con confianza... y yo te aliviaré. (Mt. 7, 13-14 y 11, 25-30)

Te lo reitero: Si te liberas de tus **servidumbres internas**, comprobarás que mi yugo es suave y mi carga ligera... Si vienes a Mí, humilde y con confianza, cuando estés agobiado, experimentarás alivio, te sentirás con más fuerzas, sentirás paz interior... ¿Te has preguntado por qué mi saludo preferente era un **deseo de paz** en vosotros? Paz es el estado interior sereno, que se vive cuando uno se encuentra liberado de servidumbres que tensan y someten sin tregua... La paz interior es uno de los mayores gozos que se pueden disfrutar.

En otras palabras: Es posible que todavía no hayas descubierto, como creyente, que **la felicidad personal** más profunda y auténtica se halla ligada a la liberación interior - liberación de servidumbres que esclavizan y pesan, aunque no seas muy consciente de ello-; liberación que abre el corazón a la solidaridad y al amor. Para quien viva sometido a la servidumbre de lo caduco y de sí mismo, no le resultará fácil entender esto que digo. Le parecerá un lenguaje utópico, irreal; pero es la pura verdad, que sólo entenderá quien la viva, quien se haya convertido en una criatura nueva, interiormente libre.

18) Además te añado que si quieres seguirme tiene que ser de forma **incondicionada**. No pienses en poner condiciones inspiradas por tu egoísmo o por tu poca fe. No hagas refritos, no trates de compaginar a Dios con el poder que especula contra o a costa del hombre, porque allí no me encontrarás. No te crees ídolos que me sustituyan, te droguen o te distraigan. No te apegues demasiado a las cosas -no las adores-, pues sólo son cosas... (Lc. 16, 13-15)

Por lo demás, lleva tu cruz con dignidad, trata a tu hermano con dignidad, sírvelo con afecto, sin dominarlo. (Mc. 10, 43) Y no olvides que donde estés con otros, reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de vosotros. (Mt. 18, 19-20)

Te insisto: Confía en Mí, no me voy, no te dejo solo. Tú ama humilde y concibe tu trabajo como un servicio que rentabiliza a tu favor. De nuevo te digo: confía e invierte bien tus talentos.

19) Entre los valores que te propongo, ten muy presente las **Bienaventuranzas**, pues son una Declaración del espíritu del Reino, que está a favor del hombre y de una sociedad más justa, y son también una denuncia implícita -no podía ser más explícito tan pronto, porque me hubiesen eliminado en cuatro semanas, dejando sin anunciar suficientemente el Reino-. Las Bienaventuranzas son una denuncia implícita de la opresión y del sufrimiento humano evitable, así como también una invitación a trabajar por la paz en la tierra. (Mt. 5, 3-12 y Lc. 6, 24-26)

Tú sé lúcido y aspira a lo mejor: eso que llamáis democracia es sólo un primer paso, muy limitado, muy parcial, muy imperfecto, en la organización social que os habéis dado como grupo, porque todavía seguís sometidos por el poder, incompatible con mi Reino. Reino que también es sentido de fraternidad y de solidaridad, sin privilegios.

A lo largo de mi breve vida pública -con prudencia, pero sin miedo- fui precisando un poco más mi posición ante la riqueza y el poder, que someten al hombre. Relee el “Venid, benditos...”, lo más explícito y contundente, que expuse al final de mi vida. Ahí se halla reflejada mi pasión por el hombre y mi reivindicación de su dignidad, y cuáles considero que son los auténticos valores y el culto que deseo. Y quiénes de verdad están más cerca del Reino...

(Permítaseme un paréntesis: ¡Qué bien comprendió J. M<sup>a</sup> Castillo al Señor cuando escribió: “La primera mirada de Jesús no es al pecado, sino al sufrimiento humano”! O quizá pueda decirse también así: La primera mirada de Jesús se dirige al pecado que causa sufrimiento humano. Es decir, a la conducta del hombre que causa sufrimiento al hombre. En otras palabras: La primera mirada de Jesús es una mirada de cercanía, de compasión, de solidaridad y de amor al hombre. Una mirada a la situación que requiere un cambio profundo a favor del hombre.) (28)

¿Esto no sugiere una revisión pausada del orden ético-moral de la tradición cristiana -incluso del orden de algunos preceptos del Decálogo del V. T.-; es decir, la enseñanza del Señor no sugiere una **revisión de la jerarquía de valores** éticos, y de cuáles son los verdaderamente **más importantes y más graves**?

Con esto quiero decirte -continúa el Maestro- que **no pases de largo** ante la injusticia. Como ya te dije, dar limosna -Caritas- está bien, pero yo espero más compromiso de mis seguidores que un mero alivio -un pan, un vaso de agua...-, que siempre valoraré.



Tú haz más. Cuando dije: Sed fermento, quise decir mucho más, quise decir que también se cambie la masa de las estructuras de opresión que someten al hombre.

Por eso **únete** a muchos y trabaja con ellos como fermento de transformación, y si pese a ello no es suficiente, denuncia y reclama... pacíficamente, como hice yo, a fin de que los necesitados -hijos del Padre, mis hermanos, tus hermanos- no se vean obligados, además de al sufrimiento, también a la humillación de la mendicidad o de una esclavitud encubierta...

No desbravéis ni reduzcáis el significado y valor de mis palabras. Yo me dirijo en primer lugar al hombre espiritual en camino hacia el Padre, pero también al hombre encarnado, -con necesidades previstas y queridas por nuestro Padre-, a fin de que viva sin ídolos, sin opresiones y sufrimientos evitables, siempre libre, y también goce y disfrute de la vida, con dignidad.

Lee de nuevo la parábola del examen y valoración final en Mt. 25, 31-46. Y si la cumples, te diré cuando llegue tu hora: Ven, bendito mío... Y te lo diré con los brazos abiertos, alegre, feliz, porque lo que hiciste por los necesitados lo considero como hecho a Mí mismo.

¡Este es un pensamiento imponente, que desborda nuestro mismo concepto de creatividad! Pues es pura creatividad humanizadora, social y espiritual.

20) Por último, lo más importante que, con el **Padre Nuestro**, lo resume todo: **Ama** sin poner límites ni condiciones. Sabiendo que en el amor hay grados, como enseñé en alguna ocasión, tú aspira a lo mejor. Por eso, recuerda de nuevo algunos pasajes de mi vida:

-Cuando un fariseo, doctor de la Ley, me preguntó cuál era el mandamiento más grande de la Ley, le respondí: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente”. Este es el mayor y primer mandamiento, y el segundo -repuse inmediatamente- es semejante al primero: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. A estos dos mandamientos **se reduce** la Ley y los profetas. (Mt. 22, 36-40 y Mc. 12, 28-34)

(Subrayo “se reduce”, ¿porque indirectamente esta expresión no está también sugiriendo que en las Escrituras hay muchas cosas no esenciales, secundarias, algunas de puro relleno, antropomórficas, inmaduras -a veces contradictorias-, que no reflejan bien el mensaje divino, sino la parte humana inherente, inevitable; y que **la revelación se concentra -SE RESUME- en unas ideas fundamentales, en un núcleo esencial, que es el que destaca Jesús?** Es decir, ¿que en la interpretación de las Escrituras hay que ir al grano, **a la esencia** del Mensaje, y no perdernos en la cobertura de la palabra humana literal, antropomórfica?)

Este es el techo de la Ley: amar como a uno mismo, que no es poco. Techo que señala de nuevo en Mt. 7, 12. Ésta es la visión esencial del V. T. y el resumen que le interesa y más valora. (Visión que, en parte, recuerda a Buda, a Confucio y a Sócrates.

Pero Jesús va más lejos, y en esto es nuevo y exigente: **Perdona siempre**, no aborrezcas a nadie, devuelve bien por mal sin excepciones, **ama a tus enemigos, ora por los que te persiguen** para que seas como tu Padre que hace salir el sol sobre justos e injustos... (Mt. 5, 43-48)

**¡Cuántos pasajes del A. T. quedan corregidos con estas palabras!** Aparte de algunos textos ya citados del Pentateuco, de Josué, de Samuel..., véanse los salmos 59, 106, 109, 129, 137,9... En efecto, Jesús corrige, pero innovando, proponiendo nuevas motivaciones para hacer el bien, para renovarse y sublimarse. Para crecer por dentro. Y al tiempo que corrige, refrenda algunos otros pasajes bíblicos, que se hallan más en sintonía con el espíritu del Mensaje del Reino; por ejemplo: Misericordia quiero y no sacrificio. Lo cual nos da pistas para entender e interpretar adecuadamente la Revelación, como veremos más adelante.

21) Mas ese grado de sublimación espiritual no acaba ahí: al final de su vida, Jesús da un salto sublime: Un precepto nuevo os doy, que **os améis como yo os he amado. En esto conocerán que sois mis discípulos.** (Jn. 13, 34-35) Tanta importancia le da que lo repite, lo subraya de nuevo un poco después, como puede verse en Jn, 15, 9-17.

**El amor y la unión en el amor identifican al cristiano** y no otra cosa. Insisto: el amor, no la teoría; la praxia, no la doxia; la bondad acogedora, integradora, no la exclusión separadora... son lo más significativo y específico de su Mensaje. El amor, que llega hasta la entrega de la propia vida; no la cruz en cuanto cruz, es decir, en cuanto sufrimiento, sino en cuanto signo de compromiso y de amor.

Más aún, Jesús quiere que ese amor sea el fundamento y la base de la unidad. Quiere unidad en el amor. Que sean uno como nosotros somos Uno. (Jn. 17, 11) Unidad que vuelve a pedir en Jn. 17, 20-26.

¿Por qué y para qué esta insistencia? Para que el mundo **crea que Tú me enviaste.** ¡Nada menos que esto! Para que siendo “consumados en la unidad”, el mundo crea..., no tanto por la palabra sino por el tipo de vida solidaria, fraterna. **La señal** del cristiano es el amor, la unión en el amor. No la cruz. La cruz sólo en cuanto signo de amor y de compromiso con el Mensaje del Reino, no de expiación o reparación. El amor -no el sufrimiento- es el que crea unión y redime y salva. A Pedro, después de la resurrección -lo recuerdo de nuevo-, Jesús no le pide que repare y haga penitencia por haberle negado, sino que le pregunta si lo ama. El amor salva y redime y une. Es superior a toda penitencia o sufrimiento.

Pero no olvidar que el amor y la unión en el amor -que es don y entrega y servicio- no es posible sin un fondo de **humildad.** (¿Quizá por eso Jesús dejó caer a Pedro, al

que iba a confirmar como primer servidor?) Sin experimentar la propia fragilidad es difícil comprender la fragilidad humana. La comprensión también une.

Por otra parte, el engrimiento o la suficiencia personal sustituyen la función del servicio por el poder, y éste no permite la unión, porque no admite superiores ni siquiera iguales. (De nuevo un paréntesis: ¿Se puede sostener razonablemente que este mensaje ético y humano de Jesús de Nazaret; que esta revelación de Dios ha sido **superada** en la Historia por otras revelaciones anteriores o posteriores? ¿Hay algo de fondo humano, ético y social y religioso, más sublime, más **necesario y actual** para nuestro tiempo?)

¡Cuánta responsabilidad pesa -y nos sacudimos los cristianos, empezando por los dirigentes que sirven- ante estas palabras! Unión -repito- que no es tanto en ideas cuanto en amor, en acción, en obras. Las interpretaciones -ideas- queden en segundo lugar. No digo que se descuiden, digo que queden en segundo lugar. Y que un segundo lugar no se convierta nunca en primero. ¡No me corrigáis, no alteréis este orden!, diría el Señor.

Yo soy cristiano y quiero seguir siendo cristiano católico, -es decir, sin fronteras de ningún tipo-, pero reconozco sinceramente y con pesar que los cristianos católicos, la “jerarquía” católica ha sido y sigue siendo también responsable en la desunión de las Iglesias. Y quizá el mayor esfuerzo de reconciliación humilde deba hacerlo la “jerarquía” católica. Insisto en el “humilde”, lúcidamente humilde, pues sin humildad -por todas las partes- difícilmente será posible esa reconciliación, que no sería más que conversión más profunda de corazón al Reino del Señor.

En este sentido, el servicio de gobierno **debe ser más discente**, necesita examinarse humilde y aprender de los propios errores y suficiencias... Necesita tomar conciencia más clara del proceso psicológico y sociológico que lo ha llevado con el tiempo -y de modo ya inconsciente o casi- a encumbrar y reformular el propio estatus; a adulterar o aburguesar o retocar la jerarquía de algunos principios éticos, que Jesús propuso como prioritarios e inviolables.

¡Ojo a que, bajo el amparo de cierto magisterio infalible o casi -muy racionalizado, eso sí-, no estemos cultivando la cizaña de la desunión -la más peligrosa, tal vez- en el mismo campo del Reino! Si queremos encontrarnos, volvamos al Evangelio más, mucho más, que a la historia. A ésta sólo para aprender a no reincidir en errores que nos han separado por exceso de aspiración a ser el primero o por incapacidad para aceptar que otro sea más que yo...

Pero esto va a ser muy difícil, casi imposible, mientras no revisemos nuestros odres viejos con mezclas de vino nuevo y fórmulas viejas sacralizadas revestidas de poder secular...; mientras las ideas, interpretaciones, doctrinas, creencias opinables, estén de hecho por encima del amor y de la unidad en el amor, como primer mandamiento. Mientras confundamos y sustituyamos el servicio humilde, dispuesto a lavar los pies,

por el poder y el protagonismo personal, sin restricción alguna, no será posible la unión con y en el Señor. Porque no daremos un testimonio creíble, que confirme en la fe.

Lo mismo que Dios y dinero-poder son incompatibles, también Dios y desunión, Dios y lucha interna; Dios, Reino de Dios, y afán de ser el primero o de que nadie esté por encima de mí. No es posible participar en la Comunidad de Dios de un modo pleno, y no admitir que alguien deba ocupar el puesto de primer servidor y coordinador -guía, pastor-.

En suma, **Dios y desunión no son compatibles**. Esto deberíamos pensarlo más en serio los que nos decimos creyentes y seguidores de Jesús de Nazaret. No es posible ser un fiel seguidor de Jesús, el Señor, y vivir en estado de desunión, de división interna, de separación -a veces visceral- de Iglesias..., y limitarse a culpar, a responsabilizar al otro porque no piensa como yo, desoyendo o ignorando palabras muy claras y apremiantes del Señor en este sentido.

Una de nuestras preocupaciones prioritarias, ineludibles, debe ser ésta: Que en la Comunidad-Fraternidad de Jesús haya **alguien que sea el primer servidor** que fortalezca la fe de sus hermanos, y en comunión, colegiadamente, los coordine en el anuncio y testimonio del Reino. Testimonio que debe darse en primer lugar con el ejemplo de unidad. (Mt. 16, 17-19 y Jn. 21, 15-19)

Tanto nos hemos acostumbrado y adaptado la mente a vivir en la desunión, que nos contentamos con lamentarlo en voz baja y sólo de cuando en cuando, como si se tratase de un tema menor. Pero la desunión es un verdadero **pecado grave de escándalo**, que no es obra del Pueblo del Señor, sino de sus dirigentes. Y ya sabemos lo que dijo el Señor respecto a los que escandalizan...

¿No se ha perdido en esto el concepto de pecado? ¿Tendrán algo de razón los que nos acusan de reservar el concepto de pecado más bien para cuestiones de sexo, divorcios..., o para la asistencia a misa, y poco más...? ¿Si es así, esto no equivaldría a cargar fardos pesados sobre el pueblo creyente y aligerar nuestra responsabilidad como servidores?

Nos hace mucha falta a todos los creyentes, comenzando por los que sirven, ejercitarnos en lavar mentalmente, humildemente los pies unos a otros, como nos enseñó el Señor..., y a partir de ahí revisar nuestra escala de valores... y de pecados verdaderamente graves...

Pero sin rigideces ni extremismos, porque Unión no es sumisión obsequiosa ni uniformidad en las normas. Unión es convergencia en el amor fraterno, en el testimonio de vida evangélica, en el servicio solidario, en la comunión entre todos los servidores en torno al Señor y sus palabras.

22) Aunque muchas cosas más cabrían aquí, termino con un pasaje de Juan Evangelista: Jesús fue consciente de que ni los suyos -aun después de explicarles el

Reino a solas-, habían entendido o asimilado bien el mensaje integral que traía. Por eso les dijo: **Muchas cosas no podéis entender. El Espíritu os irá guiando hacia la verdad completa...** (Jn. 16, 12-13)

Lo que parece que el aprendizaje e interiorización de esas “muchas cosas” y de ese “ir guiando hacia la verdad completa”, requiere tiempo, experiencia, marcha, etapas de crecimiento que aumenten la capacidad de comprensión y de maduración. Nuestro desarrollo cognitivo y espiritual está demasiado sujeto a la carne y a sus circunstancias históricas. ¿Esas dos palabras -“hacia” y “completa”- no estarán sugiriendo tiempo, más tiempo del que nos hemos imaginado y creído? **¿Un concepto dinámico de la creación y de la revelación** no nos está sugiriendo algo así?

En este sentido, ¿no nos habremos pasado más de una vez en pontificar para todos los tiempos sobre temas aún inmaduros en nuestra mente, en nuestra capacidad de comprenderlos a fondo; temas que para enfocarlos con madurez requieren muchos matices y acaso expresiones más refinadas?

La comprensión total del Reino no se consumó en Pentecostés. Que esto es así lo demuestra -ya lo vimos- el pasaje y las vivencias de Pedro narradas en Hechos, 10. Este pasaje merece una reflexión más detenida, porque, a mi entender, en él se encuentra una lección más amplia y profunda, quizá no siempre bien entendida, que nos ha llevado a precipitaciones, a poner límites al Espíritu, y a adoptar posturas rígidas y erróneas más de una vez...

El mensaje del Reino va desarrollándose, y su significado va creciendo en nosotros -individualmente y como grupo- con el tiempo, a medida que crecemos por dentro, individual y colectivamente. El fermento transformador que trajo, necesita tiempo, más tiempo de lo que ingenuamente hemos pensado, para dar frutos auténticos, consistentes, de modo que renueven mentes y corazones y **estructuras...**

En la comprensión del Reino vamos permanentemente en progresión dinámica. La acción del Espíritu, que tiene más profundidad de lo que acaso hemos pensado, no se acabó en el Pentecostés que nos narran en Hechos; no ha finalizado, continúa y no cesará de enseñarnos... La comprensión del Reino se profundiza con la acción del Espíritu en cada uno de nosotros, en nuestro propio y personal Pentecostés... La revelación y la comprensión **más completa** de Dios, de su Reino y de su Plan creador todavía no ha finalizado. Piénsese, por ejemplo, en el magisterio y en las palabras del papa Pío VI sobre los derechos humanos, que citamos antes...

Hoy somos más conscientes, y por eso más reivindicativos, acerca de la dignidad del ser humano y de sus derechos y deberes... Lo que constituye una parte esencial del Mensaje del Reino. Por eso, por ser más conscientes, demandamos transformaciones profundas en la Iglesia y en la sociedad.

La expresión “*Ecclesia semper reformanda*” deberíamos tomarla más en serio, porque es absolutamente necesario reformar-transformar permanentemente la Iglesia,

que en su dimensión humana no es santa, sino infiel transgresora, acomodaticia, pecadora, retardataria, contra-innovadora.

Las mismas transformaciones, reales y a fondo, demandamos también a la sociedad civil; transformaciones que todavía no han ocurrido en la historia. Las sociedades cristianas históricas han propiciado más bien cambios de superficie, de apariencia externa, que cambios sociales reales y profundos en sus estructuras. Las estructuras sociales de las sociedades llamadas cristianas no se han cristianizado nunca a fondo en la historia. Tanta miseria e injusticia social, tantas luchas y guerras internas, prolongadas, entre países cristianos lo acreditan...

El fermento de los creyentes careció de fuerza transformadora, por afán de poder -contraservicio-, por exceso de acomodación, por falta de testimonio, por demasiado espíritu ácido, viejotestamentario, por poca fe... Este tema es tan importante que merece una reflexión un poco más extensa. Veamos:

## **B) Valores de relación interpersonal.**

En los últimos números del apartado A) -que acabamos de ver-, se hacen alusiones a este tema de relación interpersonal. No obstante, aunque a veces reincida, pienso que es conveniente desarrollar más este aspecto, y subrayar de nuevo algo tan esencial en el Mensaje de Jesús de Nazaret.

El Reino se inicia con el cambio interior personal, que inmediatamente y como consecuencia se refleja en el testimonio de vida y en las relaciones humanas.

Ese cambio interior personal se proyecta en la convivencia, en las relaciones sociales. El Reino no mira sólo al cambio interno de cada uno; reclama también cambios en las relaciones interpersonales y por ello también en la misma organización social. Sus discípulos deben ser también sal y **fermento de transformación social**.

En las Bienaventuranzas, en el Padre Nuestro y en algunas parábolas como el “Venid, benditos...”, por ejemplo, está muy clara esa doble dirección del Reino. A partir de la dignidad del hombre, Jesús señala una serie de valores y principios que deben inspirar las relaciones humanas, y como **consecuencia** -la añadidura de que habla el Señor-, también la organización social. (Mt. 6, 33 y Lc. 12, 29-31)

Esos valores son:

1) Como ya vimos, **el hombre** siempre debe ser el valor de referencia; nunca la tradición, las costumbres, las normas o los privilegios, el poder, el dinero, el beneficio, el mercado... El ser humano está sobre todo eso. (Mc. 2, 27-28)

2) **Igualdad** fundamental entre todos los seres humanos. Igualdad fundamental en Derechos y Deberes. A esta igualdad Jesús también la llama fraternidad, aplicándole una visión más teológica.

3) **Justicia** en el reconocimiento y en el trato de la dignidad del hombre; justicia que se manifiesta en las leyes, en las prestaciones, en la distribución de los bienes de la tierra... Bienes que Dios ha puesto para todos, no para que se los apropien unos pocos...

4) **Solidaridad**, como consecuencia. Los bienes de la tierra deben estar a disposición de todos. Por lo mismo, repartir equitativamente, no apropiarse más de lo justo, no amasar... No crear clanes ni guetos ni oligarquías de poder...

5) **La autoridad como servicio**, sin jerarquías distanciadoras. El hombre para el hombre, sin dominarlo. El poder como dominio sobre el hombre y sobre los bienes, a costa de lo que sea, no es aceptable, es inmoral... Dios, poder y dinero, tal como están vigentes en esta sociedad, son incompatibles.

6) **Leyes y normas**, con sentido **ético**, iguales para todos, sin privilegios, siempre humanizadoras. Leyes para el hombre y para favorecer una convivencia positiva entre todos.

7) Mientras haya necesitados, **normas preferentes a favor de los más débiles**: niños, enfermos y necesitados responsables... Pero éstos que correspondan agradecidos con un compromiso también responsable. El que recibe queda obligado a dar, a devolver dándose, prestando un servicio...

8) **Responsabilidad y compromiso**: Trabajar y vivir también con sentido de grupo **solidario**, con sentido de comunidad; no dar la espalda, no pasar de largo ante los problemas que originan sufrimiento...

9) En la convivencia demostrar **comprensión**, manifestar -siempre fieles al espíritu del Reino- flexibilidad y tolerancia, no rigidez. La apertura afectiva y mental es una consecuencia de la humildad y del amor auténticos...

10) Ya lo sabemos: **La conducta** recta es más importante y mejor criterio que la idea. El respeto -y lógicamente el amor-, es más importante que la "verdad teórica". El hecho

práctico positivo más que la buena intención, conscientes de que la buena intención no basta. Obras son amores. Amores son obras.

Jesús no se interesa tanto por esencias teóricas: como vimos, valora más la ortopraxia que la ortodoxia. Y dentro de la ortodoxia le interesa **lo esencial**: Dios Padre, fraternidad, solidaridad, humildad, autenticidad, perdón, amor, unidad, confianza y esperanza... Le preocupa que seamos sal y fermento de transformación y conservación en la tierra, a través del testimonio humilde, del servicio desinteresado, de la solidaridad, del amor y la unidad en ese amor... Nunca por la imposición o el poder...

11) **Moderación** y buen sentido en el disfrute de la vida. Disfrutar con dignidad. Las cosas hermosas y valiosas de la vida, de la naturaleza y sus potencialidades, Dios las puso para que las descubriéramos, las usáramos y disfrutáramos, pero también para que las pusiéramos al servicio de los demás, en solidaridad, sin apropiárnoslas, sin amasar, sin convertirlas en ídolos...

12) **Controlar -eliminar, en lo posible- las causas evitables del sufrimiento humano**: egoísmos, ambición descontrolada, acumulación injusta de poder, de dinero, de dominio o de encumbramiento de unos pocos... No figurar a costa del débil, ni endiosarse exigiendo culto y víctimas... Aquí adquiere pleno sentido la investigación científica, que cura o alivia. (Y también la terapia que cura **cegueras**, de las que muchos -parece- son o somos poco conscientes.)

**La investigación** debe concebirse como servicio al hombre -no como negocio privado abusivo-, y como desciframiento del puzle y descubrimiento del enigma y de la increíble riqueza que lleva en sí la Creación... Ésta es otra de las grandes misiones de nuestra estancia terrena. La investigación es una tarea que tenemos entre manos, a fin de descubrir, disfrutar y admirar las inmensas maravillas y virtualidades que encierra, y ponerlas al servicio de todos, sin exclusiones.

Tenemos una misión, como **co-creadores** -¡tanto nos valora y nos eleva Dios Padre!-, que consiste en continuar -en algunos casos corregir fallos, mutaciones negativas...-, y rematar la obra creadora, puesta a nuestra disposición. Dios creador inició esta maravillosa obra y quiere que nosotros la desarrollemos sabia y humildemente, con sentido solidario. En esta perspectiva hay que entender también la Providencia, que muchas veces se vale de los talentos de sus criaturas.

Estoy convencido de que si investigamos humildes y lúcidos, sin prejuicios, al final se insinuará Él, cada vez con más claridad, como la gran Respuesta... Cuando investigamos a fondo, aún sin saberlo, vamos camino de esa última Respuesta.

Aunque en realidad Él ya se insinúa y se hace sentir en nuestra más profunda intimidad, en el corazón de cada uno, **si lo buscamos humildemente**. De lo contrario, no percibiremos más que ausencia; ausencia que tal vez muchos interpretan como la



única realidad válida, inconscientes de que esa postura o interpretación puede ser una proyección de su suficiencia. Cuando algunos hablan de Dios como si fuera un mero espejismo, ¿esa afirmación, tan categórica, -y a mi juicio tan precipitada, tan poco razonable-, no será la expresión de una auto-suficiencia o de un prejuicio demasiado visceral?

13) **Discriminar bien** y ser críticos con el sistema que causa sufrimiento. Y además ser asertivos y convencer, sin imponer; en caso necesario, denunciar el abuso y la opresión con lucidez y fortaleza, pero sin violencia. Buscar la paz y la negociación amistosa en primer lugar... (Mt. 5, 25)

14) **Moral positiva**: pasar haciendo el bien a todos, sea con respeto y amabilidad o con ayudas a quien lo necesite. Unidos y comprometidos, participar en movimientos por el cambio, justo y humanizador, de las estructuras de poder, de modo que procedan con ética, siempre a favor del hombre. Jesús, el Maestro, pasó haciendo el bien... Él es el modelo a seguir. (He. 10, 38)

15) **Devolver bien por mal**. No seamos vengativos ni rencorosos. No alimentemos el resentimiento íntimo. Perdonar siempre..., a fin de no echarnos una carga muy pesada encima, que nos puede abatir y no nos permita crecer, convencidos de que nuestros resentimientos íntimos son más pesados que el “yugo” de que habla el Señor, y que por ello muy probablemente añadiría: No os regodeéis en esos resentimientos, pues dificultaréis el reencuentro y la paz, y además os dañaréis a vosotros mismos. Sed lúcidos. (Mt. 18, 21-22)

16) Recuerda que **el Reino también es luz** que ilumina, que no se oculta, que también se manifiesta en el exterior, actuando como levadura y sal, que transforma y conserva, que impide la corrupción, que **da sabor**. (Mt. 5, 13-16; Lc. 8, 16-17)

17) Ojo a **la tradición** y a los grupos oligárquicos, con leyes que dominan al hombre, como si esas leyes que les favorecen fueran intocables, indiscutibles, sagradas, cuando en realidad y con demasiada frecuencia sólo son normas humanas depredadoras, sin ética, elitistas, que favorecen a unos pocos. El trabajo y los bienes para el hombre, no el hombre sólo para el trabajo y el enriquecimiento. Las políticas para el hombre, no para el capital. Cuando se instrumentaliza al hombre, se pervierte la ética y el espíritu del Reino. (Mt. 15, 1-10 y Lc. 6, 1-10)

Jesús en su tiempo habló así, pero creo que hoy, siguiendo esa misma línea, diría más. Por ejemplo: No os fiéis ni deis crédito al que os llame oportunistas,

embaucadores, populistas o cosas similares, **cuando os preocupéis sinceramente por el hombre**. Es el modo de sembrar cizaña en el campo de los que trabajan por la justicia, por la dignidad del hombre, por parte de los que defienden privilegios e intereses creados a cualquier precio. Así confunden la mente de muchos y los arrastran a zonas de oscuridad para que no vean y no discernan bien los engaños...

Pero también diría: ojo a los populismos que, con apariencia de preocupación por el ser humano y la justicia, en el fondo sólo se buscan a sí mismos. Y ya que en estos casos no podéis llegar a sus intenciones, **discriminad bien por las obras que perduran**... Por eso en la parábola de la cizaña os dije que esperéis a ver los frutos...

18) Como ya vimos, en las **Bienaventuranzas**, en el **Padre Nuestro** y en las **parábolas de Lázaro y el rico epulón y del juicio o evaluación final** -criterio último de salvación, de ir por buen camino-, se encuentran valores que deberían inspirar las relaciones interpersonales y sociales. (Mt. 5, 3-12; y 6, 9-13; y 25, 31-45; Lc. 16, 19 ss.)

Por eso también añado -diría el Señor-: **Al emprendedor**, que utiliza sus talentos y crea puestos de trabajo para el hombre -su hermano, sí; no os suene extraña esta palabra-; que no lo utiliza como un instrumento para su medro personal casi exclusivo, y comparte con él honestamente, con sentido justo, los beneficios, debéis reconocerlo, agradecidos. El emprendedor, que da trabajo y no abusa, presta un servicio, hace el bien. Colabora en el desarrollo y en la satisfacción de las necesidades humanas, que es también una función del Reino. Y esto merece una gratificación personal. Si yo agradezco un vaso de agua, ¡cuánto más un trabajo digno!

De ahí que diga más: **Crear un trabajo digno** es mucho más importante que la ayuda de Caritas. Crear un estado de bienestar, bien y honestamente administrado, es la humanización de una sociedad más solidaria. Es la Caritas que más deseo y que más valoro. No os sorprendáis: Al creador de trabajos dignos le diré en su día: Ven, bendito mío, porque utilizaste bien los talentos que te di.

19) **Los escándalos** -dada la inmadurez y el egoísmo humanos, que tanto se mueven en la oscuridad, en la tiniebla-, lamentablemente aún hoy son muy difíciles de evitar: megasueldos, megafiestas, megalujos, megaexplotaciones, megahambrunas, megamatanzas, corrupciones a gran escala, muertes y asesinatos de niños, mujeres... etc. etc. son pecados que claman al cielo. Pero ¡ay de quien escandaliza! (Mt. 18, 1-8)

Vosotros luchad unidos, lúcidos, prudentes, y persistentemente contra los abusos, aunque os calumnien y persigan... Digo lúcidos y prudentes, porque algunos pueden intentar introducirse entre vosotros como cizaña, revestidos de apariencias de bien, y así aflojar o desacreditar vuestro trabajo solidario. Si queréis seguirme de cerca, imitad, sed y comportaos como Yo. Ejemplo os he dado. Aunque no os pido que seáis héroes.

20) **No os olvidéis**: “Habrá quien os quite la vida y creará prestar un servicio a Dios”. (Jn. 16, 2) Hasta ahí puede llegar la deformación mental y espiritual y la ceguera de muchos...

Habrá quien os rechace porque sois innovadores y porque, como el buen fermento, queréis transformar también la Iglesia, superando tradiciones que son odres viejos... Y también habrá quien, vigilándoos y persiguiándoos, creará prestar un servicio a Dios..., reiteraría el Señor con un sentido profundamente realista de la vida.

Hasta aquí puede llegar la deformación del concepto de Dios y del mismo servicio a Dios, que consiste esencialmente en servicio al hermano, empezando por el más necesitado. La religión no puede estar al margen de los problemas del hombre. Debe mirar, como hizo el mismo Jesús, por su bienestar, espiritual, afectivo, mental y corporal. El Reino también se preocupa por el hombre en la tierra y por sus necesidades. (Reflexionaremos de nuevo sobre este tema y con mayor detalle un poco más adelante.)

21) En este campo, humano y social, el pueblo cristiano, el creyente y seguidor de Jesús de Nazaret, tiene, también como grupo, **un trabajo inmenso por hacer**. En el fondo, en sus estructuras, las llamadas sociedades cristianas no han sido nunca verdaderamente cristianas, reitero. Incluso diría más: algunas estructuras humanas de la Iglesia no son verdaderamente cristianas. En muchos casos son desgraciadamente demasiado humanas. Y precisan una revisión a fondo. Este es un clamor secular de muchos creyentes y una exigencia inexcusable del Reino, que la jerarquía conservadora no atiende, pese al coste de alejamiento de tantos...

Los creyentes, que defienden el inmovilismo en la Iglesia, ¿no estarán abonando la cizaña que hay dentro del Reino? Cizaña que impide que ese Reino venga a nosotros en más autenticidad, y así **retrasan** la instauración o la purificación y la extensión de su Buena Nueva.

Como se insiste en 2Pe. 3, 13: Una tierra nueva en la que habite la justicia -la espiritual y la social-, queda todavía por venir... Y por ello cabe añadir: también una **Iglesia nueva** en la que reine el Espíritu del Señor, la fe, la esperanza, la autenticidad, la libertad que otorga la verdad, la igualdad hombre-mujer y la unidad en el amor fraterno, solidario. Una Iglesia-Fraternidad de creyentes que sea levadura de transformación de la tierra y de las relaciones humanas.